

EL MADRID MODERNO, CAPITAL DE UNA ESPAÑA URBANA EN TRANSFORMACIÓN, 1860-1931*

THE MODERN MADRID, CAPITAL OF AN URBAN SPAIN IN TRANSFORMATION, 1860-1931

Luis Enrique Otero Carvajal
Universidad Complutense de Madrid

Rubén Pallol Trigueros
Universidad Paris IV-Sorbonne

Entregado el 15-12-2009 y aceptado el 1-3-2010

Resumen: El intenso proceso de urbanización que cambió radicalmente la vida en Europa y América desde comienzos del siglo XIX estuvo causado por diferentes procesos de transformación social, desde el crecimiento demográfico producido por la inmigración hasta las transformaciones económicas debidas a la industrialización y sus consecuencias, pasando por las nuevas formas de con-

* Este texto forma parte de las actividades Grupo de investigación UCM *Historia de Madrid en la edad contemporánea*, n.º ref.: 941149, compuesto por Luis Enrique Otero Carvajal, Gutmaro Gómez Bravo, José María López Sánchez, Rubén Pallol Trigueros, Rafael Simón Arce, Fernando Vicente Albarrán, Borja Carballo Barral y Nuria Rodríguez Martín. Este texto ha sido posible por la concesión de varios proyectos de investigación: Ministerio de Ciencia y Tecnología. Plan Nacional De I + D + I. (BHA2003-02543). Universidad Complutense de Madrid. Investigador principal: Luis Enrique Otero Carvajal. Comunidad de Madrid. Plan Regional de I + D + I. Ref.: 06/HSE/0373/2004. Universidad Complutense de Madrid. Investigador principal: Luis Enrique Otero Carvajal. HUM2007-64847/HIST. Ministerio de Educación y Ciencia. Plan Nacional De I + D + I. Investigador principal: Luis Enrique Otero Carvajal. Financiación del Grupo de investigación UCM *Historia de Madrid en la edad contemporánea*, n.º ref.: 941149, IV Plan Regional de Investigación Científica e Innovación Tecnológica de la Comunidad de Madrid (IV PRICIT) en las convocatorias de 2007 y 2008.

cebir y vivir la ciudad. De igual manera, el desarrollo urbano produjo una gran cantidad de consecuencias en la evolución social que pudieron ser observadas en todas las dimensiones de la vida en la ciudad: cambios en la organización urbana, en los comportamientos demográficos, en la vida y las condiciones laborales de los trabajadores, en la estructura social de la población o en las relaciones entre elites y clases populares... Por sus dimensiones demográficas y por su condición como capital de España, la ciudad de Madrid ofrece un caso de estudio que ilustra perfectamente la complejidad y diversidad de las causas y consecuencias del desarrollo urbano en la conformación de la sociedad contemporánea.

Palabras clave: Crecimiento urbano – cambio social – urbanización – Madrid – siglos XIX y XX

Abstract: The intense urbanization process that radically changed life in Europe and America since the beginning of the XIXth Century was caused by different social processes of change, from demographic growth produced by immigration to the economic transformation due to the industrial development and its consequences and including new ways of thinking and living the urban experience. Also, the urban development produced a lot of different consequences in social performance which could be observed in all dimensions of life in the city: changes in urban planning, demographic behavior, the life and work conditions of labor force, social structure of population, relationship between elites and popular classes... Because of its demographic dimensions and its nature as Spanish Capital Town, Madrid offers a case study that perfectly illustrates the complexity and diversity of the causes and consequences of the urban development in modern times.

Keywords: Urban growth – Urbanization – Social change – Madrid – XIXth and XXth centuries

La construcción del Estado liberal en la España del siglo XIX fue resultado de un pacto tácito o explícito, según las ocasiones, entre unas elites asentadas en Madrid y otras regionales y provinciales, fruto de una compleja relación entre tendencias y tentaciones centralistas y particularismos locales y regionales. Ni el sistema de transportes, la educación, la justicia o el funcionamiento administrativo lograron llevar a cabo en toda su extensión la vocación centralizadora del liberalismo decimonónico. Dada la frágil articulación de la sociedad civil a mediados del siglo XIX, las elites políticas del moderantismo tendieron a sustituir a la sociedad civil por las redes de influencia, que encajaban con las relaciones clientelares clásicas de la sociedad del Antiguo Régimen. Adquirieron así un notable protagonismo las redes locales y comarcales de poder y relaciones sociales. A finales de siglo parte de estas formulas gestaron sus propios proyectos políticos, sustentados en realidades culturales diferenciadas, articulados alrededor de proyectos nacionalistas en competencia con el representado por el nacionalismo español¹.

Frente a la manifiesta vocación centralizadora del liberalismo decimonónico, la realidad institucional del Estado liberal en construcción dejó en manos de las corporaciones municipales amplias zonas de la acción del Estado, particularmente todas aquellas relacionadas con la vida cotidiana,

¹ Ángel Bahamonde y Jesús A. Martínez: *Historia de España. siglo XIX*, Cátedra, Madrid, 1994. Ángel Bahamonde (coord.) y Jesús A. Martínez: *Historia de España. siglo XX, 1875-1939*, Cátedra, Madrid, 2000. Pere Anguera, Justo G. Beramendi y Carlos Forcadell: *Orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*, Centre de Lectura de Reus, Reus, 1994. Pere Anguera: *Els precedents del catalanisme: catalanitat i anticentralisme: 1808-1868*, Empúries, Barcelona, 2000. Enric Ucelay Da Cal: *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Edhasa, Barcelona 2003. José Álvarez Junco: *Mater dolorosa*, Taurus, Madrid, 2003. Real Academia de la Historia: *España como nación*, Planeta, Barcelona, 2000. Juan Sisinio Pérez Garzón: *La gestión de la memoria*, Crítica, Barcelona, 2000. Santos Juliá: *Historia de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2004. Borja de Riquer y Permanyer: «Nacionalismos y regiones. Problemas y líneas de investigación en torno a la débil nacionalización española del siglo XIX», en Antonio Morales Moya y Mariano Esteban de Vega (eds.): *La Historia Contemporánea en España*, Ediciones Universidad, Salamanca, 1996, pp. 73-93. Borja de Riquer y Permanyer: *Identitats contemporànies, Catalunya i Espanya*, Eumo, Vic, 2000. Borja de Riquer y Permanyer: *Escolta Espanya: la cuestión catalana en la época liberal*, Marcial Pons, Madrid 2001. José Luis de la Granja: *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Tecnos, Madrid, 2002. Juan Pablo Fusi: *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX*, Taurus, Madrid, 2003. Manuel Ardit, María Cruz Romeo e Ismael Saz Campos: *Construir Espanya al segle XIX*, Afers, Catarroja, 2004. Antonio Morales Moya (ed.): *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Marcial Pons, Madrid, 2005.

que tuvieron que solventar unas corporaciones locales desbordadas en sus obligaciones, más allá de los márgenes competenciales a ellas asignadas en el marco del Estado liberal, ante la ausencia de la acción y presencia gubernamental, fuera del imprescindible mantenimiento del orden público en sus dimensiones más políticas y militares².

Un Estado más reglamentista que centralista, al chocar la vocación centralizadora con su incapacidad financiera para trasladar el nuevo orden jurídico desde el papel de la *Gaceta* o del *Diario de Sesiones* de las Cortes a la realidad del ejercicio cotidiano del poder³. Durante buena parte del siglo XIX quedaron amplias zonas del ejercicio del poder en manos de las corporaciones locales, por lo que gozaron de amplios márgenes de autonomía las redes locales y comarcales de poder y sociabilidad.

La nueva ciudad burguesa se mecía en el lento transcurrir de la vida urbana, en la que las nuevas funciones de la ciudad, como centro político y económico, no inyectó en muchas de ellas el suficiente dinamismo para cambiar el ritmo pausado del *mundo de los oficios* y del mundo agrario tradicional. Los nuevos empleados públicos que llegaron con la edificación del Estado liberal encontraron en ese calmado ambiente el eco-

² Los ayuntamientos tenían durante el siglo XIX una amplísima gama de competencias políticas, administrativas, económicas y sociales. Desde el control y elaboración de la listas de contribuyentes y de los impuestos a la elaboración de los censos, el control de las quintas y de los procesos electorales, la enseñanza, la beneficencia y los abastecimientos, el control del pósito, la explotación de montes y bienes comunales, el control y adjudicación de las contrataciones de suministros, la aprobación de las inversiones en infraestructuras, el control de los guardias de consumos y de los impuestos de consumos, la relimitación de lindes y caminos públicos y privados, la contrata de trabajadores en obras públicas, la concesión de licencias y los aprovechamientos comunales, los ingresos en hospitales provinciales o municipales, la vigilancia de los mercados, cementerios, la confección de padrones de pobres y el reparto de trabajo en las coyunturas difíciles, el control de la justicia y la cárcel municipal y de los partidos judiciales... Concepción de Castro: *La revolución liberal y los municipios españoles: 1812-1868*, Alianza, Madrid, 1979. Pedro Carasa Soto (coord.): *Ayuntamiento, Estado y sociedad. Los poderes municipales en la España contemporánea*. Instituto de Historia «Simancas»-Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid, 2000. Jesús Millán: «El trasfondo social de los poderes locales en el Estado centralista. Liberalismo y sociedad local en el país valenciano del siglo XIX.», en Pedro Carasa Soto (coord.): *Ayuntamiento, Estado y sociedad. Los poderes municipales en la España contemporánea*. Instituto de Historia «Simancas»-Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid, 2000., pp. 199-218. Jesús Millán: «Los poderes locales en la sociedad agraria: una propuesta de balance», *Historia Agraria*, 22, diciembre de 2000, pp. 97-110.

³ Borja de Riquer i Permanyer: «La débil nacionalización española del siglo XIX», *Historia Social*, n.º 20, 1994, pp. 97-114.

sistema ideal para desarrollar sus carreras administrativas. Mientras, en aquellas otras ciudades donde el trepidante ritmo de la Modernidad, con las chimeneas y las sirenas de sus industrias marcando el ritmo de los nuevos tiempos, hacia estallar las viejas costuras de unos centros urbanos desbordados por el crecimiento de la multitud, sembrando de oportunidades, pero también de alarma, el confiado transcurrir de la vida urbana de los pudientes. Ese ritmo pausado no debe llevarnos a engaño, la sociedad urbana de mediados del siglo XIX se estaba transformando profundamente como consecuencia del establecimiento del régimen liberal, en sus dimensiones políticas, a través de la elección de representantes en los distintos niveles de la Administración y la consecuente apertura de nuevos cauces de participación política; sociales, con el crecimiento demográfico impulsado por los movimientos migratorios, y económicas, tanto por los cambios en la titularidad de la tierra, producto del proceso desamortizador, como por los mayores rendimientos agrícolas provocados por la optimización del potencial agrario de acuerdo con las características de los distintos ecosistemas agrarios del territorio peninsular, con unos suelos en muchas ocasiones de deficiente calidad⁴. Estos cambios sociales, económicos y políticos se produjeron en el conjunto de la trama urbana de la España decimonónica⁵, que en el caso de Madrid adquirió un papel que particular, en tanto que capital política, económica y cultural⁶.

⁴ Josep Pujol, Manuel González de Molina, Lourenzo Fernández Prieto y Ramón Garrabou.: *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2001. Pegerto Saavedra y Ramón Villares (eds.): *Señores y campesinos en la península ibérica, siglos XVIII-XX*, Crítica, Barcelona, 1991, 2 vols. Ramón Garrabou (coord.): *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1992.

⁵ Luis Enrique Otero Carvajal: «Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939», en VVAA: *España entre repúblicas, 1868-1939. Actas de las VII jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en Archivos. Guadalajara 15-18 noviembre 2005*, Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial, Guadalajara, 2007, vol. 1, pp. 27-80.

⁶ Para la caracterización de la evolución de Madrid que se ofrece en este estudio, se ha partido del estudio intensivo de la diversa información sociodemográfica, económica, política y urbanística del Ensanche Norte y de la que se puede encontrar un análisis pormenorizado en la tesis doctoral de Rubén Pallol Trigueros: *El moderno Madrid: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis Doctoral, UCM, Madrid, 2009. En este texto se presentan datos de los padrones municipales de dicho distrito, de los que se han consultado de forma íntegra las respuestas particulares de todas sus familias residentes en las fechas de 1860, cuando contaba con 5.000 habitantes, 1880 (25.000 habitantes), 1905 (55.000 habitantes) y 1930 (130.000 habitantes). Al margen de la importancia del tamaño de la muestra (el 10% de la población madrileña en 1905

La sociedad urbana en la España de la segunda mitad del siglo XIX

Desde mediados del siglo XIX los profundos cambios que estaba experimentando la sociedad española, consecuencia del progresivo asentamiento de la sociedad y el Estado liberal, incrementaron la movilidad interior de la población hacia los núcleos urbanos. La intensificación de los procesos migratorios desde las zonas rurales hacia las ciudades desbordó la capacidad de absorción de los viejos cascos urbanos, dando lugar a la elaboración de ambiciosos planes de Ensanche, en paralelo a lo que estaba sucediendo en Europa, el plan Cerdá de 1857 para Barcelona y el plan Castro para Madrid en 1860 marcaron la senda por la que discurrieron las principales ciudades del país durante la segunda mitad del siglo XIX⁷. De la *ciudad soñada* por los urbanistas de aquella época a la *ciudad realizada* por las dinámicas urbanas, económicas, sociales y municipales puestas efectivamente en marcha medio un largo trecho, distancia marcada por los *intereses creados* de una *ocasión de oro* en la que realizar importantísimas plusvalías, que contribuyeron decisivamente a consolidar los patrimonios y gestar las fortunas de unas burguesías de los negocios que se elevaron a la cúspide de la elite social, económica y política de la España de la Restauración⁸.

y el 14% en 1930), la composición social de la población del Ensanche Norte constituye una muestra representativa de la estructura social de Madrid, tal como puede observarse en Borja Carballo Barral, Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán: *El ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008, y otros trabajos publicados por los miembros del grupo de investigación Complutense.

⁷ Proyectos de Ensanche tuvieron además de Barcelona y Madrid, San Sebastián, Pamplona y Valencia, Bilbao (1863), Vitoria (1865), Sabadell (1865), Gijón (1867), Alicante (1874), Alcoy (1874), Vilanova i la Geltrú (1876), Santander (1877), Málaga (1878), Vigo (1878), Tarrasa (1878), Mataró (1878), Zaragoza (1894), Avilés (1895), Cartagena (1895), Badalona (1895), León (1897), Tarragona (1899), Cádiz (1900), La Coruña (1910), Murcia (1920), Lérida (1921), Oviedo (1925), Sevilla (1930), Manresa (1933), Badajoz (1934) y Logroño (1935).

⁸ Ángel Bahamonde Magro: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Tesis doctoral, UCM, Madrid, 1981. Rafael Mas Hernández: *El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Instituto de Estudios de Administración Local Madrid, 1982. Rubén Pallol Trigueros: «Chamberí, ¿un nuevo Madrid?. El primer desarrollo del Ensanche Norte madrileño, 1860-1880», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 26, 2004, pp. 77-98. Fernando Vicente Albarrán: «El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur (1868-1880). El distrito de Arganzuela». en VVAA: *España entre repúblicas, 1868-1939. Actas de las VII jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en Archivos. Guadalajara 15-18 noviembre 2005*, Asociación

En ese nuevo espacio urbano coincidieron sin solución de continuidad pervivencia y cambio, tradición y modernidad, en un juego complejo de interacciones en el que los distintos planos de la realidad social convivieron en una permanente relación en la que conflictividad y compromiso generaron un particular *modus vivendi* que fue más allá de la mera oposición dicotómica entre quietud y cambio, en una amalgama en la que comportamientos y prácticas difusas combinaron, en configuraciones específicas, elementos de dos universos aparentemente contradictorios, trabados por la promiscuidad de las relaciones sociales, articuladas sobre complejas redes de parentesco, familiaridad, amistad, negocios, disputas e intereses.

La familia desempeñó un papel de primer orden en las redes de solidaridad de los núcleos urbanos de la España de la segunda mitad del siglo XIX, tanto de los núcleos familiares ya instalados como en los recién llegados, fruto de los intensos procesos migratorios del campo a la ciudad. Las estructuras familiares y las redes de parentesco desempeñaron un papel de primer orden en el tejido de una tupida red de contactos y de protección para garantizar el status o el ascenso social. Otro tanto sucedía con las redes de parentesco y paisanaje en el proceso de la emigración del campo a la ciudad o de la pequeña localidad a la capital —del Estado o provincial—. El ya instalado en la ciudad, fuese hombre o mujer, servía de puente para sus parientes o paisanos a la hora de introducirlos en la desconocida vida urbana y

de Amigos del Archivo Histórico Provincial, Guadalajara, 2007, vol. 1, pp. 287-310. Borja Carballo Barral: «El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Este (1868-1880). El distrito de Salamanca» en VVAA: *España entre repúblicas...* pp. 193-212. Borja Carballo Barral, Rubén Pallol Trigueros, y Fernando Vicente Albarrán: «Hacia una ciudad segregada. Rasgos comunes y diferenciales del primer desarrollo del Ensanche madrileño en sus tres zonas (1860-1880)», comunicación presentada en el VIII Congreso de la ADEH, Mahón, junio de 2007. Borja Carballo Barral, Rubén Pallol Trigueros, y Fernando Vicente Albarrán: *El ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008. Luis Castells: «La Bella Easo: 1864-1936», en Miguel Artola.: *Historia de Donostia, San Sebastián*. Nerea, San Sebastián, 2000, pp. 283-386. Javier Ugarte Tellería.: «Pamplona, toda ella un castillo, y más que una ciudad, ciudadela. *Construcción de la imagen de una ciudad, 1876-1941*», en Ángel García-Sanz Marcotegui (ed.): *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra*. Universidad Pública de Navarra, Pamplona, 2004, pp. 165-260. Juan Luis Corbín Ferrer: *El Ensanche de la ciudad de Valencia de 1884*. Colegio Oficial de Arquitectos Comunidad Valenciana, Valencia, 1984. Juan Luis Corbín Ferrer.: *El Ensanche noble de Valencia. Entre Colón y Gran Vía Marqués del Turia*. Federico Doménech, Valencia 1996. Francisco Taberner: *Valencia entre el ensanche y la reforma interior*, Intitució Alfons el Magnànim, Valencia, 1987. José María Beascochea Gangoiti: *Propiedad, burguesía y territorio. La conformación urbana de Getxo en la Ría de Bilbao (1850-1900)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2007.

en su complejo mundo laboral⁹. La *solidaridad familiar* o las *redes de paisesanaje* fueron un colchón imprescindible para hacer frente a los avatares de la vida urbana, otro tanto ocurrió con la figura del realquilado para los sectores más desfavorecidos. Altos precios de los alquileres y elevadas tasas de hacinamiento en los barrios y viviendas más populares fueron los dos términos de la ecuación sobre la que se fundamentó el crecimiento urbano de la segunda mitad del siglo XIX en las grandes ciudades.

Los ritmos temporales fueron diversos y acordes con las dimensiones y características espaciales en las que esta *gran transformación* tuvo lugar. Fue en los núcleos urbanos donde se tejieron las redes de solidaridad e interés que articularon los distintos espacios sociales, económicos, políticos y culturales de la España de la Restauración¹⁰. La Restauración fue la época en la que coexistieron en el espacio y el tiempo realidades de muy distinta naturaleza, que en su cotidiana convivencia ejercieron y sufrieron múltiples interacciones, que explican simultáneamente la tendencia hacia la uniformización y reproducción de procesos similares en

⁹ David-Sven Reher: *La familia en España. Pasado y presente*, Alianza, Madrid, 1996. Manuel González Portilla y Karnele Zárraga (coords.): *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996. Manuel González Portilla y José Urrutikoetxea Lizarraga (coords.): *Vivir en familia, organizar la sociedad. Familia y modelos familiares: las provincias vascas a las puertas de la modernización (1860)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2003. Francisco Chacón Jiménez: *Historia social de la familia en España*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert-Diputación de Alicante, Alicante, 1990. Francisco Chacón Jiménez y Juan Hernández Franco (eds.): *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Antrophos, Barcelona, 1992. Francisco Chacón Jiménez, Juan Hernández Franco y Francisco García González (coords.): *Familia y organización social en Europa y América: siglos XV-XX*, Universidad de Murcia-Servicio de Publicaciones, Murcia 2007. Rocío García Abad: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2005. Pilar Muñoz López: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Marcial Pons, Madrid, 2001. Fernando Mendiola Gonzalo: *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*. Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002. Nuria Benach, Mary Nash y Rosa Tello Robira (eds.): *Inmigración, género y espacios urbanos: los retos de la diversidad*. Bellaterra, Barcelona, 2005. Borja Carballo Barral, Rubén Pallol Trigueros. y Fernando Vicente Albarrán: *El ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.

¹⁰ Pedro Carasa Soto: «Castilla y León» en José Varela Ortega (dir.): *El poder de la influencia: geografía del caciquismo en España (1875-1923)*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales – Marcial Pons, Madrid, 2001, p. 175-236. Pedro Carasa Soto (dir.): *Élites castellanas de la Restauración*, Consejería de Educación y Cultura de Castilla y León, Valladolid, 2004, 2 vols. Pedro Carasa Soto (dir.): *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 2004.

los ámbitos regional, nacional y europeo con la persistencia de dinámicas particulares a escala local y provincial.

Durante el último tercio del siglo XIX las áreas bajo la influencia de Barcelona y Bilbao se convirtieron en los espacios por excelencia del desarrollo de la sociedad industrial, tanto en sus dimensiones económicas como sociales, políticas y culturales¹¹. San Sebastián optó por especializarse como centro vacacional y de ocio en un momento en el que la moda de los baños comenzaba a extenderse entre las clases pudientes europeas, actuando de polo de atracción sobre la *buena sociedad* española¹². En otras áreas del territorio peninsular los nuevos perfiles fueron dibujándose en función de la tradición histórica de la que procedían, de las nuevas realidades emergentes y de las nuevas oportunidades que surgieron como consecuencia de los cambios asociados al nacimiento y desarrollo de la sociedad liberal, en la que desempeñó un papel destacado el nuevo mapa de las comunicaciones trazado con la construcción de la red ferroviaria y telegráfica. Asturias con la expansión de la industria minera vio transformados su paisaje y paisanaje, donde convivieron la tradicional sociedad rural y la vetusta Oviedo, con las dinámicas cuencas mineras y su influjo en sus núcleos urbanos, en la propia Oviedo, pero también en Gijón, Mieres y Avilés¹³. En el litoral le-

¹¹ Manuel Montero: *La California del hierro: las minas y la modernización económica y social de Vizcaya*, Beta III Milenio, Bilbao, 1995. José María Garmendia, Manuel González Portilla y Manuel Montero: *Ferrocarriles y desarrollo: red y mercados en el País Vasco (1856-1914)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996. Antonio Escudero: *Minería e industrialización de Vizcaya*, Crítica, Barcelona, 1998. Gabriele Ranzato: *La aventura de una ciudad industrial. Sabadell entre el antiguo régimen y la modernidad*. Península, Barcelona, 1987. VV. AA.: *Industria i ciutat. Sabadell, 1800-1980*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1994. Albert García Balaña: «La Fabricació de la fàbrica: treball i política a la Catalunya cotonera (1784-1884)», *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, 14, 2003, pp. 189-200. Albert García Balaña: *La fabricació de la fàbrica*, Publicacions Abadía Montserrat, Barcelona, 2004.

¹² Luis Castells: «La Bella Easo: 1864-1936», en Miguel Artola.: *Historia de Donostia, San Sebastián*. Nerea, San Sebastián, 2000, pp. 283-386.

¹³ Jesús Millán García-Varela: «Burguesía i canvi social a l'Espanya del segle XIX, 1843-1875», *Recerques: història, economia, cultura*, 1994, pp. 73-80. Jesús Millán García-Varela: «Poderes locales, conflictividad y cambio social en la España agraria: Del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa», *Noticario de historia agraria: Boletín informativo del seminario de historia agraria*, 6, año III, 1993, pp. 25-36. Jesús Millán García-Varela: *El poder de la tierra: la sociedad agraria del Bajo Segura en la época del liberalismo, 1830-1890*. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 1999. Francisco Erice: *Propietarios, comerciantes e industriales. Burguesía y desarrollo capitalista en la Asturias del siglo XIX (1835-1885)*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1995, 2 vols.

vantino a la agricultura de regadío se le unió una pujante burguesía mercantil, que encontró en los principales núcleos urbanos del país valenciano su hábitat natural para prosperar en los negocios, consolidar sus fortunas y ascender en la escala social y política, consolidando sus posiciones durante la Restauración¹⁴. En Castilla el carácter agrario de la región y los intereses harineros de los grandes propietarios, concentrados en torno al eje Valladolid-Palencia-Santander, compartió protagonismo con el mundo de los negocios, las finanzas y la industria durante la segunda mitad del siglo XIX, alrededor de las capitales de provincia que, al calor de las nuevas competencias y realidades económicas, sociales y políticas surgidas con la consolidación del Estado liberal, mostraron un destacado protagonismo regional durante la Restauración¹⁵. En Andalucía sucedió algo similar, su carácter marcadamente agrario no fue obstáculo para el creciente dinamismo e influencia de los principales núcleos urbanos, donde el comercio, las finanzas y la industria encontraron un espacio propicio para su desarrollo¹⁶.

La vocación minera o industrial de unas ciudades, la comercial y de drenaje de los recursos agrícolas de otras o la consagración al ocio de ciertos casos particulares eran el fruto de la progresiva integración de un mercado nacional español gracias al desarrollo de los medios de transporte y de comunicación modernos por una parte y al empeño proteccionista de la política económica por otra. A finales del XIX había quedado trazada una especialización regional económica del país, en que el papel descollante como centros industriales de unas zonas era complementado por la función agrícola y comercial de otras¹⁷. En este contexto diverso de evolución urbana, en que cada ciudad española siguió una

¹⁴ Manuel Martí: *Cossieros i anticossieros. Burguesia i poder local: Castelló de la Plana, 1875-1891*, Diputació de Castelló, Castellón de la Plana, 1985.

¹⁵ Pedro Carasa Soto: «Castilla y León» en José Varela Ortega (dir.): *El poder de la influencia: geografía del caciquismo en España (1875-1923)*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales – Marcial Pons, Madrid, 2001, p. 175-236.

¹⁶ Salvador Cruz Artacho: *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad social en Granada, 1890-1923*. Ayuntamiento de Córdoba, Córdoba, 1994. José Marchena Domínguez: *Burgueses y caciques en el Cádiz de la Restauración (1876-1909). Economía, vida política y pensamiento de una ciudad en crisis*. Universidad de Cádiz, Cádiz, 1996.

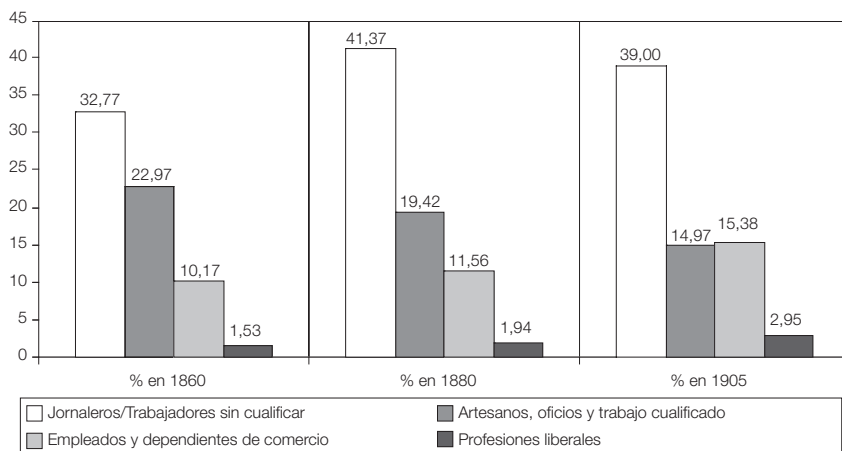
¹⁷ Antiago Roldán, José Luis García Delgado y Juan Muñoz: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Confederación Española de Cajas de Ahorro, Madrid, 1973, 2 vols. Albert Carreras. y Xavier Tafunell: *Historia económica de la España contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2006.

senda diferente y acorde con las transformaciones económicas del paisaje que las rodeaba, Madrid estaba llamada a seguir una vía particular. Madrid, que ya había sido Corte antes que capital del Estado liberal, se consolidaba ahora, merced al tendido de los ferrocarriles y de las líneas telegráficas como centro de servicios políticos, económicos y culturales. Si bien comparada con otros centros urbanos en los que el impulso fabril había sido más fuerte podía resultar una ciudad más industrial que industrial, en la que dominaba aún frente a los modernos obreros el mundo de los oficios, este se encontraba sometido a un intenso proceso de corrosión, ante la pujanza de un activo sector de la construcción, generador de miles de puestos de trabajo, donde la figura del jornalero era preponderante y que se había forjado como el mercado laboral por excelencia de las riadas de inmigrantes que fluían a la capital. Al mismo tiempo, el rostro socioprofesional de la capital española también se iba viendo modificado por sector servicios en plena expansión, conforme el Estado adquiría nuevas funciones, en el que empleados y trabajadores de cuello blanco iban ganado posiciones, a la par que se mantenía la fuerte presencia de un amplio servicio doméstico, fundamentalmente femenino¹⁸.

La composición socioprofesional de la población madrileña en este último tercio del siglo XX ofrece un fiel testimonio de las profundas transformaciones que se estaban produciendo en la estructura económica de la ciudad y del surgimiento de nuevas formas en las que la capital española integraba laboralmente y daba una forma de vida a su creciente número de habitantes. Así, en Chamberí, la zona norte del Ensanche recién inaugurado y que puede ser considerado como un exponente del nuevo

¹⁸ Ángel Bahamonde Magro y Luis Enrique Otero Carvajal (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Alfoz-Comunidad de Madrid, Madrid, 1989, 2 vols. Ángel Bahamonde Magro y Luis Enrique Otero Carvajal: «Madrid de territorio fronterizo a región metropolitana», en Juan Pablo Fusi (dir.): *España. Autonomías*. Espasa-Calpe, Madrid, 1989, pp. 519-615. Antonio Fernández García (dir.): *Historia de Madrid*. Editorial Complutense, Madrid, 1993. Santos Juliá, David Ringrose y Cristina Segura: *Madrid. Historia de una capital*. Alianza, Madrid, 1995. Virgilio Pinto Crespo (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid-Ludweg Editores, Madrid, 2001. Borja Carballo Barral, Rubén Pallol Trigueros. y Fernando Vicente Albarrán: *El ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008. Rubén Pallol Trigueros: *El moderno Madrid: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis Doctoral, UCM, Madrid, 2009.

**Evolución del trabajo manual y del trabajo en servicios en el
Ensanche Norte entre 1860 y 1905
(Mano de obra masculina. Sólo se indican las principales categorías
profesionales. Los porcentajes son sobre el total de trabajadores)**



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte, 1860, 1880 y 1905¹⁹

Madrid que se desarrolló en la Restauración²⁰, se hicieron claramente visibles los cambios sociales que estaba acarreado el crecimiento urbano de Madrid y su potenciado papel como capital, centro comercial y de de-

¹⁹ Para la ilustración de este texto utilizamos los datos utilizados en el estudio del Ensanche Norte de Madrid, distrito actual de Chamberí y que proporcionaron la base empírica fundamental para la elaboración de la tesis doctoral Rubén Pallol Trigueros: *El moderno Madrid: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis Doctoral, UCM, Madrid, 2009, en la que se procedió al registro y tratamiento de toda la información contenida en las respuestas particulares de todas las familias que habitaban este distrito en cuatro años diferentes, 1860, 1880, 1905 y 1930, fechas en que dicho distrito madrileño contaba con 5.000, 23.000, 55.000 y 130.000 habitantes respectivamente. Los empadronamientos municipales madrileño se conservan en la sección de Estadística del Archivo Municipal de Madrid, AVM en adelante.

²⁰ Rubén Pallol Trigueros: «Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del Ensanche Norte madrileño, 1860-1880.», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 24, 2004, pp. 77-98

cisión económica y política de un Estado cada vez más complejo y con un mayor grado de integración de las regiones que lo componían. Entre 1860 y 1900 se aceleró el proceso de corrosión y disolución del mundo de los oficios iniciado a finales del Antiguo Régimen, dando lugar a un cada vez más intenso eclipse del antiguo trabajador manual que se reconocía en un gremio concreto por la figura del trabajador jornalero, sin oficio determinado o con todos a la vez, que un día se empeñaba en la construcción y al siguiente en un taller, cuando no se dedicaba a la venta ambulante y en las situaciones extremas a la mendicidad²¹.

Los factores de esa aceleración fueron diversos, como también las consecuencias del fenómeno. La gran masa de jornaleros era en gran parte el fruto de las continuas riadas de inmigrantes llegados a la ciudad, trabajadores que huyendo de la pobreza en sus pueblos de origen, no encontraban en la capital un mercado laboral que les pudiera proporcionar un oficio fijo y permanente. Los trabajos cualificados fueron cada vez más escasos en una ciudad en que faltaban las nuevas fuentes de energía y las materias primas que habían lanzado el desarrollo industrial en otras regiones²². Así, el recién llegado debía ocuparse en los nuevos filones que se habían abierto en la economía madrileña, particularmente en la construcción, en plena expansión desde que se había disparado el crecimiento demográfico de la ciudad. Muchos de esos jornaleros que llegaron a representar hasta cuatro de cada diez trabajadores varones del Ensanche Norte en el cambio de siglo, eran inmigrantes, empleados en la edificación de inmuebles particulares, en el empedrado o en el alcantarillado de las calles que se ramificaban por los nuevos barrios o en los muchos ámbitos en que se estaban desplegando nuevas infraestructuras, como en el abastecimiento del agua, la distribución del gas o el tendido de la red de tranvías.

Además, la inmigración y la constante incorporación de nuevos trabajadores a la ciudad también contribuyó a esta desaparición del viejo artesano del mundo preindustrial. La presencia de esa mano de obra abundante, siempre dispuesta a aceptar una tarea por dura que fuera y por mal pagada que estuviera, también tuvo efectos devastadores en la organización y forma de trabajo de antiguos oficios. La tentación para los contra-

²¹ Borja Carballo Barral, Rubén Pallol Trigueros, y Fernando Vicente Albarrán: *El ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.

²² José Luis García Delgado: «La economía de Madrid en el marco de la industrialización española» en Jordi Nadal Oller y Albert Carreras i Odriozola: *Pautas regionales de la industrialización española: (siglos XIX-XX)*, Ariel, Barcelona, 1990, pp. 219-258.

tistas y patronos de sustituir obreros cualificados por otros que no lo estaban se hizo especialmente atractiva en aquellos años, teniendo en cuenta especialmente que la llegada de mercancías producidas industrialmente a través del ferrocarril ponía en una situación cada vez más difícil a la producción manufacturera ya en crisis²³. Muchos de esos jornaleros que se multiplicaron en Madrid a finales del siglo XIX e inundaron sus calles eran miembros de ciertos oficios como los de zapatero, sastre, guarnecedor, fundidor o ebanista en que las condiciones de trabajo se habían ido deteriorando hasta perder muchos de los privilegios de los que gozaban en los tiempos de los gremios. Trabajaban a destajo y a domicilio, para un gran contratista o comerciante, y aunque conservaran taller abierto e incluso conocieran los secretos y las habilidades de su oficio, ya no se dedicaban a las mismas tareas que cuando eran trabajadores independientes, sino a labores muy por debajo de su cualificación y que no eran remuneradas por su calidad sino por su cantidad, por el número de piezas que fueran capaces de elaborar. Trabajaban como los inmigrantes y como tales se consideraban, presentándose a la hora de rellenar la rúbrica profesional en censos y padrones con la escueta y cada vez más frecuente denominación de jornaleros.

Asimismo, el servicio doméstico atrajo a miles de niñas y jóvenes en busca de un empleo que les permitiese huir de la miseria o ahorrar lo justo para la dote de un futuro matrimonio. Una auténtica riada de mujeres que encontró en las casas pudientes de la sociedad madrileña una amplia oferta de trabajo, como criadas, amas de cría, nodrizas... muchas de las cuales terminaron por no retornar a sus lugares de origen, atraídas por las redes familiares o de paisanaje, que las introdujeron en el pujante mercado de trabajo del servicio doméstico de la capital²⁴.

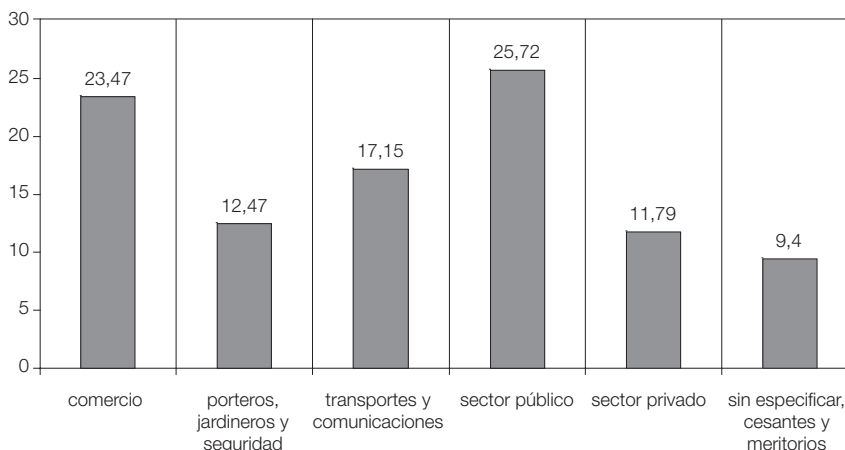
Este fenómeno de auge del jornalero y la criada, convertidos en torno a 1900 en las figuras más representativas del mercado laboral madrileño, no debe hacer olvidar otros fenómenos que ya se hacían notar de manera más tenue y otros cambios que más lentamente se iban produciendo en la sociedad madrileña. Aunque tímidamente, ya en las últimas décadas del siglo XIX se podía observar el despegue de una de las transformaciones que acabarían caracterizando la capital en el primer tercio del siglo XX:

²³ José A. Sánchez Nieto: *Artisanos y mercaderes. Una historia social económica de Madrid (1450-1850)*, Editorial Fundamentos, Madrid, 2006.

²⁴ Carmen Sarasúa: *Criados, nodrizas y amo: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, siglo XXI, Madrid, 1994.

la expansión de un sector servicios que constituía el rasgo distintivo de la economía urbana madrileña²⁵.

**Distribución de los empleados por sector de contratación en el
Ensanche Norte de Madrid en 1905.
Trabajadores masculinos. Los porcentajes sobre el total
de trabajadores en los servicios**



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte 1905

Entre 1860 y 1905, el peso de empleados y profesionales liberales en la fuerza laboral masculina del Ensanche Norte pasó del 11 al 18%. Un crecimiento que podía parecer débil y poco significativo ante la auténtica inundación de jornaleros que había experimentado el mercado laboral madrileño. Por otro lado, nada nuevo, puesto que la abundancia de empleados, comerciantes y funcionarios había sido un rasgo específico de Madrid desde el momento en que arrancó su historia como gran ciudad, al convertirse en sede permanente de la Corte en el siglo XVI²⁶. Madrid ya

²⁵ Rubén Pallol Trigueros: *El moderno Madrid: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis Doctoral, UCM, Madrid, 2009.

²⁶ David Ringrose: *Madrid y la economía española, 1560-1850: ciudad, corte y país en el antiguo régimen*, Alianza, Madrid, 1985.

había sido un lugar de concentración de empleados del gobierno y de comerciantes que absorbía las riquezas y la producción del resto del país a través de impuestos y de las demandas de consumo de sus habitantes. Si bien ese rasgo de Madrid como ciudad predatora de recursos podía en apariencia seguir marcando su impronta como ciudad, lo cierto es que se había iniciado ya una intensa recomposición en el seno de ese heterogéneo grupo de los empleados. Este proceso tenía sus causas también, tanto en el ritmo de crecimiento que experimentaba la ciudad en los últimos años como en la redefinición de su papel como capital del Estado liberal que se estaba produciendo al calor de los profundos cambios que estaban transfigurando el país que capitaneaba.

Los empleados públicos eran numerosos en las calles de Madrid, un 25% de todos los trabajadores de los servicios, lo eran mucho más que en ninguna otra ciudad, porque la administración de vocación centralista los concentraba en la vieja Corte. Pero su volumen no era únicamente un remanente del pasado, una mera herencia de la monarquía del Antiguo Régimen, sino también un signo de los nuevos tiempos. A medida que se desplegaba la nueva forma de gobernar el país con la consolidación del liberalismo se iban multiplicando las dependencias de un Estado que reglamentaba e intervenía en más ámbitos de la vida cada día y así se multiplicaban direcciones generales, secretarías e institutos que reclamaban más y más trabajadores en nuevos campos de desarrollo público como la Beneficencia, la asistencia social, la Estadística, la recaudación de impuestos o la Educación.

Además del grupo de funcionarios, el otro gran sector de contratación en los servicios era el de los trabajadores del comercio, que eran casi tantos como los trabajadores de la Administración pública. Los dependientes de comercio y diferentes trabajadores de tabernas, tiendas de comestibles y ultramarinos, carbonerías y vaquerías, restaurantes y cafés, comercios de textiles y vestidos, crecían siguiendo el ritmo de la expansión de la ciudad. Madrid había pasado en poco tiempo de albergar los 300.000 habitantes que contaba en 1860 a acoger más de medio millón en el cambio de siglo. El mero abastecimiento de los habitantes de la ciudad, la satisfacción de sus necesidades básicas en alimentos, bebida y combustible para calefacción, constituyó un suculento sector de negocio que aprovecharon pequeños y medianos comerciantes y que permitió también la incorporación al mercado laboral de parte de esos nuevos trabajadores que inmigraban a la ciudad en flujos cada vez más abundantes. La gran mayoría de estos negocios de venta de artículos de *comer, beber y arder* eran de es-

estructura familiar y en ellos no intervenían más que los miembros del núcleo familiar ayudados frecuentemente por el sobrino o la prima del pueblo, a veces un paisano que llegaba a la ciudad un poco más tarde que el pionero que había decidido inmigrar a la ciudad un años antes y había logrado abrir su establecimiento. Jugaban así un papel fundamental en la canalización de la inmigración, articulando redes de solidaridad familiares y de paisanaje que ofrecían una primera inserción laboral de los inmigrantes que llegaban a la ciudad y facilitaba el trasvase de población de los medios rurales a la gran ciudad²⁷.

Junto a esta mayoría de establecimientos que imprimían un carácter minifundista al comercio madrileño, hay que destacar también la existencia en las calles de la capital de un amplio abanico de establecimientos dedicados a la venta de productos y artículos que sólo era posible encontrar en la ciudad española que concentraba las mayores fortunas del país. Las elites presentes en la capital adoptaban unas pautas de consumo mucho más diversificadas y refinadas que exigían una variedad de productos y una especialización en el sector comercial. Si bien lo que dominaba entre las tiendas madrileñas era la modesta taberna familiar o el ultramarinos para el abastecimiento de subsistencia que se podía permitir el común de las familias madrileñas, en las calles del centro, en torno a la Puerta del Sol también surgían comercios de una mayor categoría, bazares que importaban artículos del extranjero o productos de lujo y que eran frecuentados por los personajes con los que Galdós pobló sus novelas o por los viajeros ocasionales llegados de provincias que buscaban los productos que no estaban disponibles en la ciudad de provincias de la que venían y que sólo podían encontrarse en Madrid.

Pero sin duda el sector de empleo entre los trabajadores de los servicios que muestra de manera más clara la recomposición que se estaba operando en las funciones económicas que desempeñaba Madrid es el de los trabajadores en los transportes y las comunicaciones. La primera gran etapa de la revolución de los transportes y de las comunicaciones que había acompañado al primer empuje industrial español, la de la creación de la red básica ferroviaria y la del tendido telegráfico, había concluido. Si la creación de los caminos de hierro y la red de hilos telegráficos había generado en un primer momento una gran oferta de trabajo a obreros de la

²⁷ Gloria Nielfa Cristóbal: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX: tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.

construcción por toda la geografía nacional, ahora la mayor parte del empleo se concentraba en la gestión cotidiana de esos contactos creados por la locomotora y el código Morse.

Merced al diseño radial de la red ferroviaria y de la red telegráfica, Madrid se convirtió en el centro neurálgico que controlaba y coordinaba los crecientes flujos de comunicación que circulaban por la Península y así proliferaron entre sus trabajadores nuevos profesionales especializados en el funcionamiento cotidiano de las nuevas empresas de telecomunicación y transporte. Los telegrafistas, los empleados de correo y los diferentes trabajadores de cuello blanco de las empresas ferroviarias que organizaban el tráfico de personas y mercancías a lo largo y ancho del país conformaron un nuevo grupo profesional que daba testimonio de la modernización económica que había experimentado el país. Su función era vital en la nueva configuración del mercado de bienes y productos que había emergido en España con la creciente especialización económica de las diferentes regiones, puesto que para que las modernas empresas industriales de Vizcaya o Barcelona fueran rentables era necesario que su producción fuera distribuida eficientemente en nuevos mercados, creando las primeras estructuras de una economía de escala suprarregional. Por ello estos trabajadores eran en esta época altamente apreciados y bien remunerados, también en razón de la formación que se les exigía, en que se hacían necesarios un grado de alfabetización alto, la posesión de ciertos conocimientos especializados y haber disfrutado de una escolarización que hubiera ido mucho más allá del conocimiento de las cuatro reglas, que era a lo que la gran parte de la población accedía, en el mejor de los casos, en un tiempo en que la educación seguía siendo un lujo reservado a pequeñas franjas de la población. Este germen de nuevos empleos en los servicios, modernos y bien pagados, estaban por el momento restringidos en su acceso a la clase media y la pequeña y modesta burguesía y se mostraban raramente abiertos a los jornaleros e inmigrantes que acudían a la ciudad al calor de las oportunidades abiertas por la actividad inmobiliaria de edificación; generaban así oportunidades de inserción en la ciudad para otras corrientes migratorias, distintas a las de esas riadas de trabajadores pobres que huían de las provincias españolas y de los medios rurales y que, si bien eran la nota dominante de los flujos de nuevos habitantes que acudían a la capital, no eran sus integrantes exclusivos²⁸.

²⁸ Rubén Pallol Trigueros: *El moderno Madrid: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis Doctoral, UCM, Madrid, 2009.

El desarrollo y crecimiento de Madrid en este despertar urbano que experimentó durante las primeras décadas de la Restauración no puede ser resumido únicamente en su atonía industrial y en el peso desmesurado de las actividades inmobiliarias y de construcción. Es cierto que la principal vía de inserción de los nuevos habitantes de la ciudad fue el trabajo en la edificación y su conversión en jornaleros, a expensas de un mundo de los oficios que se fue erosionando y disolviendo hasta hacer desaparecer casi por completo las estructuras gremiales y sustituir los antiguos artesanos por trabajadores descualificados. A una gran mayoría de los inmigrantes llegados a la capital y de los que nacieron en ella, se les ofrecía un duro contexto de supervivencia, marcado por la escasez de trabajo, la carestía de los alimentos y el alquiler frente a sus menguados salarios y unas condiciones de vida penosas, que explican los altos índices de mortalidad que se mantuvieron hasta finales de siglo y la incapacidad de la capital para crecer vegetativamente. Condenados a huir de sus provincias y localidades de origen, los inmigrantes venían a morir a Madrid donde su única posibilidad de subsistencia era el duro trabajo en la construcción, en empleos mal pagados en una producción manufacturera en franca decadencia, en el servicio doméstico o inventándose día a día la manera de salir adelante, combinando mendicidad, trabajo formal e informal²⁹.

En medio de este panorama desolador, también en Madrid se abrían oportunidades para acceder a una vida mejor, en determinados sectores de actividad económica en continua expansión, que crecían de forma paralela y proporcional a como lo hacía la ciudad, que ensanchaba sus barrios y estiraba sus calles por los antiguos descampados que la rodeaban y que incrementaba cada día con más fuerza el número de sus habitantes. Así al inmigrante, además de la contratación en el tajo de una casa en construcción o en el empedrado de las vías públicas, también se le podía presentar la ocasión de convertirse en dependiente de comercio, con un trabajo fijo y estable por mal pagado que estuviera, o de emplearse como carretero o cochero para alguna tienda o empresa de comercio, y quién sabe si algún día convertirse en portero de un

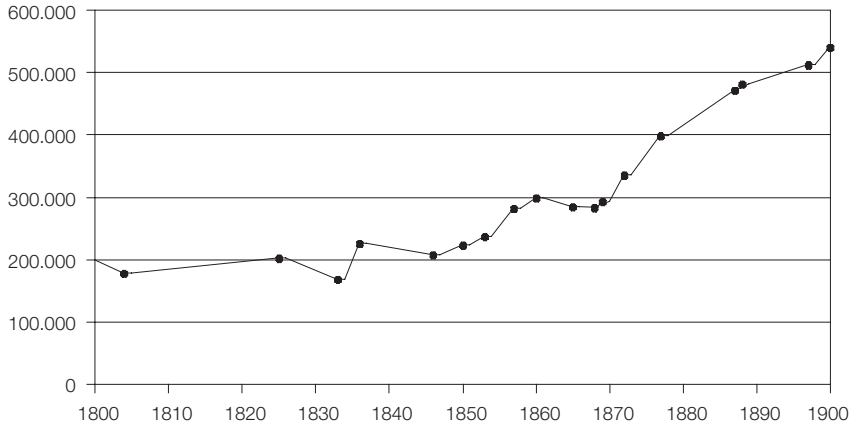
²⁹ Antonio Fernández García: «Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)» en VV.AA: *El reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales: actas de los IV Coloquios de Historia*, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, Córdoba, 1987, pp. 163-180. Antonio Fernández García: «La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico» en Ángel Bahamonde Magro y Luis Enrique Otero Carvajal (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, Madrid, 1989, vol. 1, pp. 29-76.

inmueble de vecinos o en conserje de uno de los abundantes edificios administrativos que existían en las calles de Madrid. Pero además, el retrato de la inmigración y su inserción laboral en Madrid tampoco sería del todo fiel si sólo nos centráramos en esta inmigración pobre, de trabajadores huyendo de las provincias en busca de un empleo de subsistencia. Por mucha que fuera su fuerza en el conjunto de los nuevos vecinos de Madrid, no eran los únicos que llamaban a la puerta de la ciudad en las últimas décadas del siglo XIX. Con ellos llegaban también gentes de la más diversa extracción social, al calor de las posibilidades de promoción social que ofrecía la capital: familias de mediana fortuna de capitales de provincias que venían a subir un escalón más de la pirámide social en Madrid, hijos de terratenientes que estudiaban para entrar en la administración, militares y profesionales liberales que desembocaban en Madrid siguiendo sus carreras profesionales, comerciantes medianos y modestos que pretendían que sus hijos abandonaran las rutinas del regateo para convertirse en empleados fijos en algunos de los nuevos sectores de contratación que surgían en la moderna economía de finales del siglo, ya trabajando en las oficinas de una empresa de ferrocarriles, ya en los telégrafos.

Sin dar cuenta de esa diversidad de los orígenes sociales de los inmigrantes que llegaban a la ciudad y de las distintas formas y de la amplia gama de trabajos y empleos que se les ofrecían para incorporarse en la vida madrileña, sería difícilmente comprensible entender la dinámica de crecimiento y expansión que conoció la sociedad madrileña en los últimos lustros del XIX. Madrid careció de un empuje industrial tan intenso como el de Barcelona o el de Bilbao, pero a falta de fábricas existieron otros motores que provocaron el desarrollo económico y la ampliación de su mercado laboral que están detrás de su crecimiento demográfico en este periodo. La construcción y la creación de infraestructuras públicas que incorporaba a los inmigrantes más humildes, así como el abundante servicio doméstico de las nutridas clases acomodadas de la capital que reclamaban mujeres jóvenes de las regiones de alrededores, un sector del comercio que demandaba continuamente nuevos trabajadores, la ampliación de los servicios públicos y la aparición de nuevas profesiones vinculadas a los transportes y a las comunicaciones que atraeron a clases medias y altas en busca de una mejora social, fueron diversos motores que arrastraron a la ciudad a experimentar un crecimiento demográfico como antes no había conocido³⁰.

³⁰ Rubén Pallol Trigueros: *El moderno Madrid: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis Doctoral, UCM, Madrid, 2009.

Evolución de la población madrileña en el siglo XIX



Madrid, que a comienzos del siglo XIX se había quedado anclada como una ciudad que siendo populosa resultaba relativamente pequeña con sus 200.000 habitantes frente a sus hermanas mayores europeas, especialmente Londres y París, que habían superado largamente el millón de habitantes, despertó en la segunda mitad del siglo llegando repentinamente a los 300.000 vecinos en 1860. Una vez consolidada la revolución liberal tras el Sexenio y durante la Restauración, con la redefinición de su papel como centro político de un Estado acrecentado en sus funciones primero y con el desempeño de una tarea cada vez más importante como centro organizador de una economía española cada vez más compleja, el crecimiento urbano de Madrid se hizo más vigoroso y sostenido.

En 1900 la capital española contaba con 540.000 habitantes, y su tamaño destacaba en el conjunto de la trama urbana española, sólo seguida de cerca por Barcelona y ya más tímidamente por Bilbao y su área metropolitana. Su volumen demográfico por un lado y la diversidad de las funciones que desempeñaba tanto en lo económico como en lo administrativo, la hacían incomparable en el conjunto urbano español. La falta de una fuerte industrialización como la que habían experimentado otras localidades, no restaba importancia a la germinación de nuevas conductas y comportamientos sociales que podían observarse en sus calles. Madrid, populosa y diversa ya en 1900, constituía un foco de expansión de mo-

modernidad para su hinterland, que en algunos aspectos se podía considerar que estaba extendido por todo el país. Pues desde Madrid surgían muchos de los impulsos legislativos, económicos y culturales a través de mercancías transportadas en trenes e informaciones y noticias comunicadas por telégrafo o por la prensa que transmitían la modernidad a buena parte del resto del país.

La gran capital destacaba frente a las ciudades pequeñas, que eran las dominantes en la trama urbana de la España del último tercio del siglo XIX, con unos volúmenes de población situados entre los 5.000 y 15.000 habitantes, fuertemente vinculadas al marco agrario de su entorno inmediato, en el que desempeñaban importantes funciones políticas y administrativas, como cabeceras de amplios partidos judiciales y administrativos, sobre las que descansaba una economía urbana de marcado carácter terciario, como centro comercial y de servicios de su amplio hinterland rural, en la que se apoyaban los notables y una clase media compuesta por comerciantes, profesionales, religiosos, militares y empleados, con unos trabajadores vinculados a la economía agraria, al mundo de los oficios, del pequeño comercio y al servicio doméstico. El *peso de la tradición* y el lento transcurrir de la vida urbana todavía marcaba el ritmo diario de sus habitantes, aunque el crecimiento demográfico y las consecuentes alteraciones en su estructura social, el ferrocarril y el telégrafo ya señalaban con claridad los síntomas de la aceleración del tiempo y la ampliación de los espacios asociados con la irrupción de la Modernidad, que con la llegada del nuevo siglo terminaría por alterar las coordenadas sociales, políticas y culturales del vetusto orden social tradicional, con la irrupción de nuevos actores sociales y políticos, de nuevos usos y costumbres, más deudores de la nueva sociedad de masas en gestación que de la vieja sociedad tradicional en retroceso³¹.

El mundo urbano de finales de siglo XIX era una realidad plural, articulada en espacios regionales en los que los principales núcleos urbanos —capitales de provincia, cabeceras de amplios partidos judiciales o nudos

³¹ Luis Enrique Otero Carvajal, Pablo Carmona Pascual y Gutmaro Gómez Bravo: *La ciudad oculta: Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003. Antonio Rivera Blanco: *La ciudad levítica, continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1992. Javier Ugarte Tellería: *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

comunicacionales— fueron los principales protagonistas y difusores de los cambios económicos, sociales, políticos y culturales que recorrieron la geografía peninsular entre el Sexenio democrático y la II República. Dicho proceso no puede ser resuelto bajo el trazado grueso de una Cataluña y un País Vasco industrial y dinámico, vanguardia de la irrupción de la Modernidad en España, y un centro y sur peninsular atrasado y retardatario, con una capital parasitaria y obsesionada por los sueños centralizadores de su elite política. La realidad fue más compleja y contradictoria, tanto en unas zonas como en otras, marcadas simultáneamente por el peso de la tradición y el impulso de una Modernidad que se abría camino de la mano de la revolución de las comunicaciones puesta en marcha con la construcción de las redes ferroviaria y telegráfica, que aceleraron el tiempo y redujeron las distancias espaciales, favoreciendo la articulación territorial de la península a ritmos desiguales, dando lugar a una nueva jerarquización y reorganización de los espacios económicos, sociales y políticos alrededor de las estaciones ferroviarias y las estaciones telegráficas³².

Madrid, punto de confluencia de esas modernas redes que habían alterado radicalmente la articulación de las relaciones económicas, políticas y sociales del conjunto del país, lejos de ser una rémora del pasado, un vestigio del Antiguo Régimen que se negaba a engancharse a los procesos de transformación que se habían inaugurado en las ciudades industriales, se convirtió en uno de los focos más poderosos de germinación de nuevos comportamientos sociales. La particular composición de su población así lo testimonia, a través de incipientes rasgos de una extrema modernidad económica, al menos en comparación con el resto de las ciudades españolas, como era ese emergente sector servicios de nuevo cuño, ligado a la progresiva integración del mercado nacional a través del ferrocarril y los telégrafos. Pero la relación entre cambio y persistencia no era unidireccional y por las mismas razones que Madrid recogía los frutos de las profundas transformaciones que se habían producido en el país y era de esta ma-

³² Luis Enrique Otero Carvajal: «Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939», en VVAA: *España entre repúblicas, 1868-1939. Actas de las VII jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en Archivos. Guadalajara 15-18 noviembre 2005*, Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial, Guadalajara, 2007, vol. 1, pp. 27-80. Luis Enrique Otero Carvajal: «Tradición y Modernidad en la España urbana de la Restauración», en Guadalupe Gómez Ferrer y Raquel Sánchez (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional, 1898-1914*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, pp. 79-118. Luis Enrique Otero Carvajal: «La reducción de escala y la narrativa histórica», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º extraordinario, 2007, pp. 245-264.

nera un centro de coordinación económica gracias al impulso industrial que habían conocido ciertas regiones, también reflejaba los límites de esas transformaciones.

Como capital, Madrid era una ciudad a la medida y proporcional al país que dirigía, y por lo tanto también sufría los lastres y frenos de la persistencia y la inercia sociales del país, y ello es lo que hace comprensible la supervivencia, junto a los rasgos modernos, de ciertos caracteres que conectaban la capital con los tiempos preindustriales. En las calles de Madrid las criadas, que acudían a la capital como lo habían hecho las mujeres jóvenes desde hacía siglos, coexistían con las clases medias y las elites que venían a emplearse en los diferentes niveles de una administración en plena expansión. En las calles de Madrid se encontraban los jornaleros y trabajadores condenados a terribles condiciones de vida que advertían de las ineficacias de la sociedad española para asegurar la supervivencia de sus habitantes con trabajadores nuevos, como telegrafistas y ferroviarios, símbolos de los nuevos impulsos que recibía la economía nacional. Figuras contradictorias, procedentes en apariencia a distintos estratos temporales, cuya coincidencia en el espacio y tiempo sólo puede ser entendida aceptando las complejas relaciones entre cambio y persistencia en la evolución social española en tiempos de la Restauración.

La transformación de la ciudad con la irrupción de la sociedad de masas

Durante el último tercio del siglo XIX el movimiento migratorio del campo hacia las ciudades se aceleró, duplicando la población de numerosas ciudades españolas, la atracción ejercida por los principales núcleos urbanos del país hizo que los Ensanches, puestos en marcha durante la segunda mitad del siglo XIX, resultaran insuficientes en las capitales de las zonas más dinámicas, creciendo los nuevos extrarradios más allá de los límites de la trama urbana dibujada en los planes de Ensanche, anexionando de facto, cuando no de derecho, a los municipios colindantes, sin ningún tipo de planificación urbana, resultado de la combinación de la presión migratoria con el carácter disuasorio de unos precios del suelo y de la vivienda fuera del alcance de los sectores de rentas más bajas.

Este crecimiento urbano se extendió y aceleró durante el primer tercio del siglo XX, consecuencia del cambio de modelo demográfico, que redujo las tasas de mortalidad, permitiendo crecimientos vegetativos de la población de signo positivo, a la par que se mantenía el movimiento mi-

gratorio desde las zonas rurales a los núcleos urbanos³³. Unas urbes que en las principales capitales de Europa se estaban transformando en grandes metrópolis³⁴, cuyo mayor reflejo encontró eco en la transformación de los espacios urbanos de Madrid, Barcelona y Bilbao³⁵. Este fenómeno de

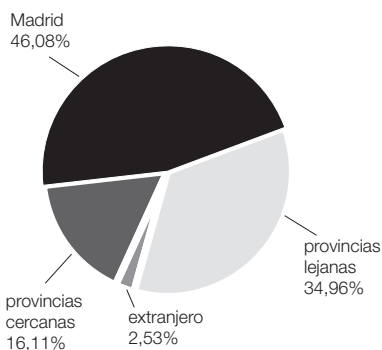
³³ Vicente Pérez Moreda y David-Sven Reher: *Demografía histórica en España*, El arquero, Madrid, 1988. David-Sven Reher: *Familia, Población y Sociedad en la Provincia de Cuenca. 1700-1970*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1988. Massimo Livi Bacci (coord.): *Modelos regionales de la transición demográfica en España y Portugal*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert-Diputación de Alicante, Alicante, 1991. David-Sven Reher, María Nieves Pombo y Beatriz Noguera: *España a la luz del Censo de 1887*, INE, Madrid, 1993. Manuel Gonzalez Portilla y Karmele Zárraga Sangróniz (eds.): *IV Congreso Asociación de Demografía Histórica*, UPV-EHU, Bilbao, 1995. David-Sven Reher: *La familia en España. Pasado y presente*. Alianza, Madrid, 1996. Fausto Dopico y David-Sven Reher: *El declive de la mortalidad en España, 1860-1930*. ADEH, Huesca, 1998. Jordi Nadal: *Bautismos, desposorios y entierros. Estudios de historia demográfica*, Ariel, Barcelona, 1999.

³⁴ E.A. Wrigley: *Gentes, ciudades y riqueza. La transformación de la sociedad tradicional*. Crítica, Barcelona, 1991. Jean-Luc Pinol: *Histoire de l'Europe Urbaine. Vol. II. De l'ancien Régime à nos jours*. Seuil, Paris, 2003. Assa Briggs: *Victorian cities*. Penguin, London, 1967. Francis Sheppard: *London: a history*, Oxford University Press, New York, 1998. Harold Perkin: *The rise of professional society. England since 1880*. Routledge, London, 1989. Peter Clark: *The Cambridge Urban History of Britain*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000. Stephen Inwood: *City of cities. The birth of modern London*. McMillan, London, 2005. Harold J. Dyos: *Victorian Suburbs. A study of the growth of Camberwell*. Leicester University Press, Leicester, 1961. Harold J. Dyos & Michael Wolff (eds.): *The Victorian city: images and realities*. Routledge & Paul Kegan, London, 1976, 2 vols. David Cannadine & David Reeder (eds.): *Exploring the urban past: essays in urban history by H.J. Dyos*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982. David Kynaston: *The City of London*. Chatto & Windus, London, 1994, 4 vols. Roy Porter: *London: a social history*, Hamish Hamilton, London, 1994. Peter Bailey.: *Popular culture and performance in the Victorian city*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998. Bernard Marchand: *Paris, histoire d'une ville. XIX^e-XX^e siècle*, Seuil, Paris, 1993. Maurice Agulhon (dir.): *La ville de l'âge industriel. Le cycle haussmannien (histoire de la France urbaine, vol. 4)*, Seuil, Paris, 1998. Jeanne Gaillard: *Paris, la ville (1852-1870)*, L'Harmattan, Paris, 1997.

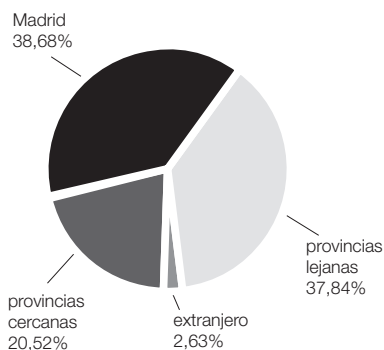
³⁵ Luis Castells: *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración, 1876-1915*, siglo XXI, Madrid, 1987. Manuel González Portilla (dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, Fundación BBVA, Bilbao, 2001, 2 vols. Antonio Escudero: *Minería e industrialización de Vizcaya*, Crítica, Barcelona, 1998. María del Mar Larraza: *Aprendiendo a ser ciudadanos. Retrato socio-político de Pamplona, 1890-1923*, Eunsa, Pamplona, 1997. Félix Luengo: *Crecimiento económico y cambio social. Guipúzcoa, 1917-1923*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1990. Conchita Mir (ed.): *Actituds polítiques i control social a la Catalunya de la Restauració (1875-1923)*, Virgili&Pagès-Estudi General-IEI, Lérida, 1989. VV. AA.: *Congrés Internacional d'Historia. Catalunya: la Restauració, 1875-1923*. Actes, Centre d'Estudis del Bages, Manresa 1992. José Luis Oyón Bañales, E. Griful y Josep Antoni Maldonado: *Barcelona 1930. Un atlas social*, UPC, Barcelona, 2001. José Luis Oyón Bañales: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Serbal, Barcelona, 2008.

«explosión del artefacto urbano» se hizo notar con especial fuerza en Madrid, que vio incrementada un grado más la intensidad del crecimiento de su población que ya latía con fuerza desde mediados del siglo pasado. Los 540.000 habitantes del cambio de siglo se doblaron para superar el millón a la altura de 1930 y situar a la capital española en el rango de las grandes metrópolis europeas, con un tamaño y extensión sin otro parangón en la Península que Barcelona.

Origen de la población masculina del Ensanche Norte en 1930



Origen de la población femenina del Ensanche Norte en 1930



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte 1905

Parte de ese crecimiento demográfico era originado por las mismas fuerzas, redobladas, que habían provocado el despertar del aumento de habitantes de Madrid hacia mediados del siglo XIX. Los inmigrantes continuaban llegando a la capital, en corrientes cada día más caudalosas y proporcionando así vitalidad a la población madrileña. Hacia 1930 ser madrileño significaba en gran medida, ser extranjero a las calles de la ciudad. Más de la mitad de los varones que se empadronaban en la capital y hasta casi dos tercios de las mujeres habían nacido en otro lugar, muchos de ellos en otras provincias, frecuentemente lejanas, que habían llegado, por deseo o por necesidad, a la gran ciudad en busca de un futuro mejor del que les prometía el lugar en que habían nacido. Ahora bien, la vida y la

muerte en la gran ciudad habían ido perdiendo algunos de los tintes dramáticos que las caracterizaban tan sólo unas décadas antes. A medida que avanzó el siglo, se pudo olvidar aquella idea de que los inmigrantes venían a Madrid a morir, a ser sepultados sin contribuir al crecimiento de la población con hijos que los reemplazaran.

Los avances médicos y sanitarios primero y luego, quizá de forma más determinante, las conquistas laborales de los trabajadores mejoraron sustancialmente las condiciones de vida de una parte significativa de la población, fueron borrando de sus vidas familiares algunos dramas que las jalonaban en el pasado, como la muerte de los hijos durante la niñez o la desaparición prematura del padre o la madre, víctimas de enfermedades que tenían su raíz más en la pobreza o en el hambre que en un virus o en una infección. Superada la gripe de 1918, la última gran catástrofe epidémica que infló la mortalidad en la ciudad, se pudo señalar que por fin Madrid crecía por sus propios medios, que su población aumentaba por saldo vegetativo y no sólo por la contribución constante que las migraciones hacían para compensar los vecinos que, en masa, la muerte se llevaba cada año de las calles de la capital³⁶.

Inmigración en continuo aumento y crecimiento vegetativo al fin positivo se aliaron pues para multiplicar el número de habitantes de la capital. El aumento demográfico exigió la extensión urbana. Madrid se convirtió en una metrópolis no sólo por el número de sus habitantes sino también por su cada vez mayor extensión urbana. Aunque la era de su Ensanche, inaugurada en 1860 aún no había terminado en el cambio de siglo, y aún seguirían edificándose y ocupándose hasta vísperas de la Guerra Civil los solares que habían quedado organizados en la cuadrícula de nuevos barrios diseñada por Castro, lo cierto es que a partir de 1900 el futuro urbano de Madrid comenzó a jugarse mucho más allá de sus límites municipales. Primero en el Extrarradio, en la zona que perteneciendo a la ciudad no había sido aún objeto de ningún plan de ordenamiento urbano. Allí surgieron nuevas barriadas, mal y modestamente construidas, que se convirtieron en destino de las familias trabajadoras con menos recursos. Era el caso de Tetuán de las Victorias, Bellas Vistas, Prosperidad o La Guindalera, que aglutinaban poblaciones que al-

³⁶ Antonio Fernández García: «La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico» en Ángel Bahamonde Magro y Luis Enrique Otero Carvajal (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, Madrid 1989, vol. 1 pp. 29-76.

canzaban los 20.000 habitantes, tantos como los de una modesta capital de provincias³⁷.

No mucho más tarde, como si de un contagio se tratara, también comenzaron a experimentar explosivos aumentos de población los pueblos colindantes con la capital, especialmente localidades como Chamartín de la Rosa, Vicálvaro, Vallecas o los Carabancheles. Viejos pueblos hasta hacía bien poco adormecidos a la sombra de la capital, que habían languidecido durante lustros dedicados a actividades agrícolas o ganaderas que resultaban paradójicas comparadas con la vida de la gran ciudad que tan próxima tenían y que uno tras otro fueron cayendo en el campo de gravedad de la gran urbe madrileña. Por el camino estas localidades fueron perdiendo los trazos rurales que las habían definido hasta entonces a medida que iban desempeñando funciones subsidiarias para la capital que las devoraba, ya alojando la población sin medios económicos para alquilar una vivienda en la capital, ya acogiendo aquellos edificios y centros de producción cuya instalación ya no era posible en el casco urbano, como las nuevas fábricas o las prisiones.

Madrid se convirtió en el primer tercio del siglo XX en una ciudad de ciudades. Como Londres, París o Berlín, era una metrópolis que articulaba diversos núcleos de población además de su denso centro urbano. Junto a la ciudad original, toda una red de localidades, conectadas por nuevos medios transporte como el tren, el tranvía, el metro o el autocar, cada una de ellas adquiriendo una función diferente dentro de una cada vez más compleja organización urbana cuyo marco superaba el estricto término municipal y creaba un extenso espacio regional de continuidad urbana. El Viejo Madrid burgués del XIX se veía rodeado así de nuevas y populosas barriadas, a imagen y semejanza de ese océano suburbano que había segregado Londres en sus alrededores. Y los habitantes de este Madrid desplegado hacia el horizonte, que en muchos casos se trasladaban diariamente en tranvía, en metro o a pie al centro de la capital para trabajar, parecían mostrar actitudes y comportamientos sociales muy diferentes a los de los burgueses que en el pasado habían gobernado de la ciudad, configurando una imagen que se percibía con el mismo sentimiento de

³⁷ Jose Carlos Rueda Laffond: «El desarrollo de la ciudad y la política urbanística» en Antonio Fernández García (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1992, pp. 577-599. José Carlos Rueda Laffond: *Madrid, 1900: proyectos de reforma y debate sobre la ciudad, 1898-1914*, Universidad Complutense, Madrid, 2001.

amenaza como el que producía la terrible banlieue rouge obrera que rodeaba París³⁸.

De igual manera que había sucedido durante el primer impulso de la ola urbanizadora en el siglo XIX, la expansión demográfica y la extensión urbana se vieron acompañadas de una profunda transformación social de los habitantes de las ciudades, desencadenado todo ello por los poderosos cambios económicos que experimentaba el país. Conforme se fueron complejizando las actividades de gestión del Estado y del sector privado aparecieron nuevos mercados laborales que exigieron una creciente cualificación de la mano de obra. A lo largo del primer tercio del siglo XX el mundo laboral de las ciudades se transformó radicalmente³⁹. Surgieron nuevas profesiones —telefonistas, mecanógrafas, taquígrafas, contables, administrativos, electricistas, fontaneros, mecánicos...— que nutrieron y transformaron el mundo de los empleados de cuello blanco y de los especialistas, mientras disminuían considerablemente, hasta prácticamente su desaparición en el mundo urbano de los años treinta, profesiones que habían caracterizado el mundo laboral urbano del siglo XIX como los aguadores y mozos de cuerda, anegados por esa difusa y confusa caracterización laboral del jornalero que tanto servía para definir una actividad laboral como la forma más extendida de remuneración, el trabajo a jornal.

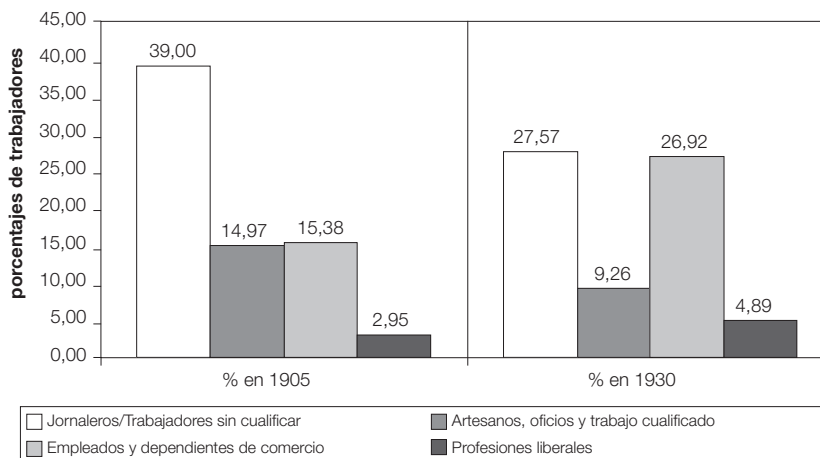
En Madrid el proceso de transformación de la fuerza laboral en ese primer tercio del siglo XX fue especialmente intenso, dando lugar a la definitiva disolución del mundo de los oficios que se había desencadenado en el siglo XIX y redoblando la importancia de ese sector servicios emergente a comienzos de la Restauración y que se convirtió en hegemónico en la economía madrileña en vísperas de la República. A la altura de 1930, el artesano de los tiempos preindustriales, trabajador independiente con taller abierto y altamente cualificado, prácticamente había desaparecido de las calles de Madrid. Sólo uno de cada diez trabajadores varones de la capital se presentaba en la estadística como un trabajador cua-

³⁸ F.M.L. Thompson (ed.): *The Rise of suburbia*, Leicester University Press, Leicester, 1982. Harold J. Dyos: *Victorian suburb: a study of the growth of Camberwell*, Leicester University Press, Leicester, 1961. Annie Fourcaut (ed.): *Un siècle de banlieue à Paris, 1859-1964*, L'Harmattan, Paris, 1988. Annie Fourcaut: *La Banlieue en morceaux. La crise des lotissements défectueux en France pendant l'entre-deux-guerres*, Créaphis, Grâne, 1996.

³⁹ Rubén Pallol Trigueros: *El moderno Madrid: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis Doctoral, UCM, Madrid, 2009.

lificado, mientras que el número de jornaleros era tres veces mayor. Pero más importante que esta reducción, que en gran parte ya se había operado en las últimas décadas del siglo XIX, era la diferente manera en que unos y otros trabajadores manuales, cualificados y jornaleros, se integraban en la estructura productiva madrileña. Dentro de ese grupo de profesionales que todavía podían distinguirse de los trabajadores a jornal por sus conocimientos, su tarea y su salario, cambió radicalmente el tipo de oficios que eran más comunes. Si hasta el cambio de siglo los artesanos y trabajadores cualificados eran fundamentalmente albañiles, carpinteros o pintores que se empleaban en el suculento sector de la construcción en pleno auge con la puesta en marcha del Ensanche de la ciudad, hacia 1930 el grupo profesional más importante entre los cualificados era con diferencia el de los mecánicos y trabajadores especializados de fábrica, muestra de la importancia que había adquirido la producción industrial en la capital española⁴⁰.

Evolución de los principales grupos profesionales del mercado laboral masculino. Ensanche Norte 1905-1930. Porcentajes sobre el total de trabajadores



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte 1905

⁴⁰ Rubén Pallol Trigueros: *El moderno Madrid: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis Doctoral, UCM, Madrid, 2009.

Madrid, una ciudad que parecía haber esquivado el torrente industrializador que recorrió la economía española en la segunda mitad del siglo XIX, conoció a partir de 1900 un significativo desarrollo de su producción fabril. El avance de la segunda ola industrializadora, apoyada en nuevas fuentes de energía y centrada en diferentes sectores productivos, disolvió muchas de las causas que habían impedido la aparición de fábricas en el paisaje madrileño. La capital española, que había sufrido la carestía del carbón en el pasado, recibió la llegada de la electricidad que puso en marcha las máquinas que hacían posible la producción manufacturera en masa. Madrid, que se había mostrado incapaz de competir en precios y producción en la siderurgia, metalurgia y el textil, los sectores que habían tirado de la industrialización en el XIX, encontró desde el cambio de siglo fértiles campos de negocio en la industria química, la industria alimentaria o en la fabricación de maquinaria, que eran protagonistas en esta segunda revolución industrial⁴¹. La aparición, por fin, de las altas chimeneas de fábrica cuya ausencia se había reprochado en la capital, comparándola con otras ciudades como Bilbao y Barcelona, trastocó sustancialmente la manera en que participaban los trabajadores manuales en el mercado laboral madrileño. Si en las décadas anteriores el empleo en la construcción y en las obras públicas era prácticamente la única salida viable para los jornaleros, la creación de fábricas y grandes centros industriales a partir de 1900 abrió nuevas posibilidades de colocación para los inmigrantes que llegaban a la ciudad. La edificación, es cierto, mantuvo un importante peso en la vida económica madrileña, como también sucedía en ciudades industriales como Barcelona, pero dejó de ejercer esa absoluta hegemonía en el mercado de trabajo que había marcado la vida de la ciudad en los años en que derribó sus cercas e hizo del Ensanche el principal motor de su crecimiento económico⁴².

Los cambios experimentados por trabajadores cualificados y jornaleros madrileños en el primer tercio del siglo XX eran la culminación de

⁴¹ José Luis García Delgado: «Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna» en José Luis García Delgado (coord.): *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares. VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España*, siglo XXI, Madrid, 1992, pp. 405-414.

⁴² David Ruiz y José Babiano (eds.): *Los trabajadores de la construcción en el Madrid del siglo XX*, Akal-Fundación 1.º de Mayo, Madrid, 1993. José Luis Oyón Bañales: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Serbal, Barcelona, 2008.

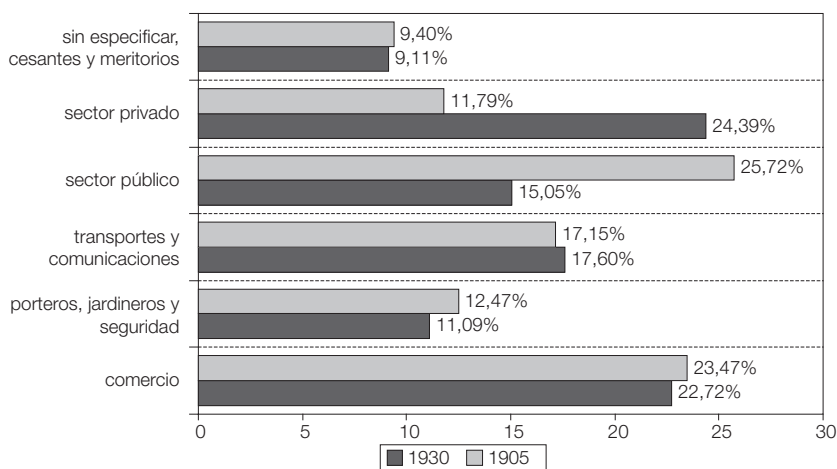
procesos que se habían iniciado y se habían desarrollado ya intensamente en los comienzos de la Restauración. El impacto de la disolución del mundo de los oficios y el complementario proceso de proletarización ya se habían dejado notar en el cambio de siglo, cuando el jornalero se había convertido en el protagonista por excelencia del mercado laboral de la capital. En los siguientes años ese protagonismo se fue reduciendo y se fue compartiendo con el de la otra figura profesional que poco a poco rivalizó como la más representativa de la economía de la capital: el empleado. En 1930, en el Ensanche Norte de la capital, que ya contaba con 130.000 habitantes, había tantos trabajadores de cuello blanco y empleados en los servicios (un 26,92% de toda la fuerza laboral masculina), como jornaleros (un 27,52%).

Esta superabundancia de los trabajadores del sector terciario que podía extrañar en un tiempo en que la Modernidad se identificaba excesivamente con la producción industrial, no se trataba de una mera herencia del pasado burocrático y cortesano de Madrid, sede del poder político y monárquico. Muy al contrario, el aumento espectacular de trabajadores en los servicios en Madrid era un signo y un síntoma de las radicales innovaciones que se habían producido en su economía al calor de las transformaciones profundas que habían transfigurado la sociedad española. El carácter innovador de la expansión del sector terciario madrileño ya se había puesto de manifiesto hacia 1900. El peso creciente de los empleados en el mercado laboral de la ciudad había sido la consecuencia principalmente de la expansión de los ámbitos de actuación del Estado liberal, que había multiplicado los funcionarios en Madrid —clave de bóveda del organigrama administrativo del Estado— y de forma más tangencial, como producto de la progresiva complejización de las relaciones comerciales del país, que produjeron ese aumento de los trabajadores de los transportes y las telecomunicaciones, allí donde confluían las redes de telégrafos y de tendido ferroviario del país, en la capital.

Si en las primeras décadas de la Restauración la capitalidad política había sido la que había ejercido de fuerza de arrastre en la expansión del sector terciario y la capitalidad económica sólo desempeñó un papel subsidiario, a partir de 1900 se invirtieron los términos de esa relación. La antigua identificación entre empleado y funcionario comenzó a disolverse, al menos en el caso de Madrid. Si en 1905 un cuarto de los trabajadores de cuello blanco de la capital estaba contratado en el sector público en cualquiera de sus niveles de administración, estatal, provincial o municipal, en 1930 los funcionarios sólo representaban el 15%. El hueco de-

jado por estos trabajadores de la administración pública que perdían peso en la estructura profesional madrileña fue ocupado por trabajadores del sector privado, antes un pequeño grupo selecto que no superaba el 12% y que en vísperas de la República se había alzado como el grupo más numeroso dentro de los empleados.

Evolución de los empleados del Ensanche Norte 1905-1930. Porcentajes sobre el total de trabajadores varones en los servicios



Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, padrón del Ensanche Norte 1905

Una vez más, los cambios en el mercado laboral madrileño eran el reflejo de fenómenos económicos y sociales cuyo marco de desarrollo superaban el estricto ámbito de la ciudad y se encuadraban en la evolución del conjunto del país del que era capital. Durante el último tercio del siglo XIX, el desarrollo del sector servicios en Madrid había estado fuertemente influido por las pautas de desarrollo de la economía española, que había cifrado sus esperanzas de crecimiento en la ampliación del mercado interno aprovechando las oportunidades abiertas por el despertar industrial de unas regiones, y la creación de una red de transportes y comunicaciones modernas, de ahí la proliferación de telegrafistas y ferroviarios en las calles madrileñas. Esa búsqueda de riqueza en el interior del país

de la economía española era al mismo tiempo una etapa necesaria en el desarrollo económico y un síntoma de su debilidad frente a las grandes potencias industriales europeas del momento, Gran Bretaña, Alemania o Francia, contra las que era incapaz de competir en el marco internacional, por el atraso de sus estructuras productivas pero también por su posición desfavorable para penetrar en nuevos mercados en la era del colonialismo. Este límite al desarrollo económico español desapareció repentinamente a partir de 1914, cuando el estallido de la Gran Guerra europea forzó a los antiguos competidores españoles a replegarse en la economía bélica y pasaron de ser potencias exportadoras, que conquistaban mercados por todo el globo, a convertirse en focos de demanda de los bienes y productos industriales y agrícolas, que ya no podían producir en el contexto turbulento creado por el conflicto bélico. La neutralidad adoptada por España le proporcionó una gran oportunidad de crecimiento a su economía: saltar del mercado nacional al internacional⁴³.

Los años de la Gran guerra fueron de aceleración del ritmo en las transformaciones que se habían iniciado a mediados del siglo XIX: cada vez más personas decidieron abandonar los medios rurales para marchar hacia las ciudades, contribuyendo al trasvase de mano de obra desde las actividades agropecuarias hacia la industria. Pero para afrontar ese desafío de concurrencia en un mercado internacional, la economía española no podía sólo valerse de un mayor número de fábricas y una masa creciente de obreros industriales⁴⁴. Primero porque para poder poner en marcha esas grandes fábricas que produjeran masivamente se hacían necesarias grandes inversiones en capital que permitieran importar las novedades técnicas que hicieran posible ese avance industrial. De forma paralela a la creación de centros de trabajo industrial en España, también se fueron multiplicando las instituciones financieras y los bancos privados que facilitaban ese despegue industrial y garantizaban las transacciones comerciales en un mercado cada vez más amplio y complejo, en que los pagos y los flujos de capital se negociaban entre distancias cada vez más amplias. Madrid, donde se situaba el Banco de España y se concentraba el poder político, donde confluían las redes de comunicación con las que se podía conocer mejor los lugares más apropiados para la inversión o la búsqueda

⁴³ Albert Carreras y Xavier Tafunell: *Historia económica de la España contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2006.

⁴⁴ Harold Perkin: *The rise of professional society. England since 1880*, Routledge, London, 1989.

de capitales, se convirtió en el lugar propicio para la germinación y desarrollo de esas nuevas entidades financieras que surgían y se desarrollaban al calor del crecimiento económico. Madrid se convirtió en aquellos años *en capital del capital* español. Los puestos de empleo en la banca, antes escasos y reservados para la fracción de población con un grado de escolarización, aumentaron en la capital y se amplió la demanda de escribientes, contables, secretarios, taquígrafos y demás oficinistas, que fueron engordando la rúbrica de los trabajadores del sector terciario entre los empleados⁴⁵.

Lo mismo que la banca, las operaciones en un mercado ampliado más allá de las fronteras nacionales exigieron a muchas empresas una mejora en sus técnicas y estrategias de distribución de su producción. Las actividades comerciales comenzaron también a hacerse más sofisticadas y complejas y a generar puestos de trabajo y ámbitos de negocio en el que el comercio ya no era entendido únicamente como una actividad de abastecimiento, sino cómo un servicio que podía contribuir decididamente a mejorar los resultados empresariales y a aumentar la productividad. La publicidad moderna nació en estos años para dar a conocer en un mercado cada vez más concurrido los productos producidos en masa⁴⁶. También proliferaron las agencias de representación comercial y de importación y ex-

⁴⁵ José María Sanz García: *Madrid, ¿Capital del capital español? Contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1975. Gabriel Tortella Casares (dir.): *La Banca española en la Restauración*, Servicio de Estudios del Banco de España, Madrid, 1974, 2 vols. Gabriel Tortella Casares y José Luis García Ruiz: «Trayectorias divergentes, paralelas y convergentes: La Historia del Banco Hispano americano y del Banco Central, 1901-1965» en Juan Hernández Andreu y José Luis García Ruiz (comp.): *Lecturas de Historia empresarial*, Editorial Civitas, Madrid, 1994, pp. 401-427. Gabriel Tortella Casares y Juan Carlos Jiménez: *Historia del Banco de Crédito Industrial*, Alianza Editorial-Banco de Crédito Industrial, Madrid, 1986.

⁴⁶ Nuria Rodríguez Martín: «Hábitos de consumo y publicidad en la España del primer tercio del siglo XX, 1900-1936» en VV.AA: *España entre repúblicas, 1868-1939. Actas de las VII jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en Archivos. Guadalajara 15-18 noviembre 2005*, Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial, Guadalajara, 2007, vol. 1, pp. 213-246. Nuria Rodríguez Martín: «Ocio, consumo y publicidad. España: 1898-1920», en Gaudalupe Gómez-Ferrer y Raquel Sánchez (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional, 1898-1914*, UCM, Madrid, 2007. Nuria Rodríguez Martín: «Anunciar es vender»: nacimiento y desarrollo de la publicidad en la España del primer tercio del siglo XX», Iván Heredia y Oscar Aldunate (coords.): *Actas del Encuentro de Jóvenes Investigadores de la AHC*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2007.

portación que empleaban a cientos de viajantes y corredores de comercio que peinaban geográficamente el mercado para dar a conocer los productos. Por las mismas razones que lo había hecho la banca, muchos de estos negocios situaron su sede en Madrid, donde la información era más accesible y además se podía buscar la cercanía de un poder político que respaldara a las empresas y comerciantes que se aventuraran a abrir sus negocios al extranjero, cuando no buscar directamente el contacto con los cónsules y embajadores que residían en la capital⁴⁷. Al mismo tiempo, la dimensión internacional que iba adquiriendo la producción y el mercado españoles tuvo como contrapartida necesaria una mayor permeabilidad hacia la entrada de bienes y productos extranjeros, muchos de ellos procedentes de países que como España se habían visto beneficiados por la alteración de los mercados que había supuesto la Guerra Mundial. El caso de Estados Unidos y de algunas de sus primeras empresas multinacionales, como la Ford es emblemático. Los modelos producidos en serie por la empresa automovilística norteamericana, especialmente el mítico Ford-T, comenzaron a comercializarse e incluso a producirse no sólo en Detroit, sede original de la compañía, sino a lo largo y ancho de los países más industrializados. El gigante del motor norteamericano, a la hora de buscar un emplazamiento para su cadena de montaje en España decidió dirigirse a Barcelona, donde el traslado de materiales y la contratación de mano de obra especializada eran más fácil. Pero para establecer sus oficinas de relaciones comerciales, sus establecimientos para la venta de piezas para la reparación o de accesorios para los automóviles y sus centros de asistencia mecánica, decidieron desembarcar también en Madrid, al fin y al cabo la ciudad más populosa del país, y por extensión la que tendría más conductores, y el lugar donde se decidían las más importantes operaciones de compra-venta⁴⁸.

Una banca privada cuyos negocios se iban haciendo cada vez más diversos y complejos, unas empresas comerciales cuya actividad se iba so-

⁴⁷ Gabriel Tortella Casares: «El monopolio de petróleos y CAMPSA, 1927-1947» en Juan Hernández Andreu y José Luis García Ruiz (comp.): *Lecturas de Historia empresarial*, Madrid, Editorial Civitas, 1994, pp. 265-302.

⁴⁸ Jordi Catalán: «El siglo europeo de Ford y los límites del fordismo», *Revista de Historia Industrial*, 33, 2007, pp. 167-186. Salvador Estapé Triay: «Del fordismo al toyotismo: una aproximación al caso de Motor Ibérica: Perspectiva histórica 1920-1995», *Economía industrial*, 315, 1997, pp. 185-195. José Luis García Ruiz (ed.): *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industria del automóvil en España*, Síntesis, Madrid, 2003.

fisticando y especializando, un sector de las telecomunicaciones en continua modernización en el que, al telégrafo se había unido recientemente la telefonía y la radio, las multinacionales extranjeras que irrumpían en la vida económica y un conjunto mucho más amplio de negocios recién surgidos o en renacimiento como la distribución y producción cinematográfica, la industria editorial⁴⁹ conformaban el heterogéneo sector servicios madrileño del primer tercio del siglo XX, capaz, a la altura de 1930 de generar un cada vez mayor volumen de puestos de trabajo. Aunque se pudiera considerar que Madrid no había alcanzado las mismas cotas de modernidad industrial que otras ciudades como Barcelona o Bilbao que poseían fábricas más grandes y con mayor número de trabajadores, lo que sí se podía constatar es que la capital había experimentado una auténtica y profunda revolución económica cuya principal consecuencia fue el alto grado de terciarización de su mercado de trabajo.

La importancia de este cambio en la estructura económica madrileña no sólo estribaba en el aumento de su capacidad para integrar nuevos trabajadores a su mercado laboral y dar una forma de vida al millón de vecinos que albergaban sus calles. El impacto de esa multiplicación de empleados y trabajadores de cuello blanco, que en 1930 tenían el mismo peso que los jornaleros y trabajadores manuales no cualificados, escapaba al mero ámbito económico para convertirse en una radical transformación de la vida cotidiana y de las pautas de comportamiento social de los madrileños. Porque con el trabajador de cuello blanco, y con su contrapunto social, el obrero jornalero, llegaban también una forma diferente de entender la vida y las relaciones sociales, nuevos hábitos de conducta en la ciudad y nuevas actitudes ante el trabajo y ante el tiempo libre, nuevas expectativas y deseos ante el futuro y nuevas opiniones para gestionar el presente que les había tocado vivir. Madrid había dejado de ser la ciudad de artesanos, nobles y criadas heredada del Antiguo Régimen que subsistía en 1860, justo antes de la puesta en marcha de su ensanche. Las barreras sociales entre elite burguesa y pueblo artesano se habían ido desdibujando hasta desaparecer en una amalgama de empleados y trabajadores de

⁴⁹ Jesús A. Martínez Martín, Ana Martínez Rus. y Raquel Sánchez García: *Los patrones del libro: las asociaciones corporativas de editores y librerías, 1900-1936*, Trea, Gijón, 2004. Jesús A. Martínez Martín: *Editores, librerías y público en Madrid durante la II República*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 2000. Jesús A. Martínez Martín (dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Marcial Pons, Madrid, 2001.

límites difusos que constituían los nuevos protagonistas de la evolución histórica: las masas urbanas.

Las nuevas metrópolis del siglo xx

La *Gran Guerra* y sus consecuencias actuaron como el catalizador que precipitó la *rebelión de las masas* a partir de 1917, acentuando los miedos de las *clases pudientes*, que trataron de articular tras de sí a una abigarrada masa de diversa procedencia social, conformada por sectores de las clases medias desencantadas de un orden político, social y económico sometido a un creciente proceso de oligarquización. Un sentimiento de temor e incertidumbre ante un futuro incierto, que con la aceleración del tiempo ponía en cuestión una sociedad tradicional, mitificada en el lento transcurrir del *orden burgués*, dio lugar a la configuración de una estructura psicosocial particular en la que se desarrolló la rebelión antiliberal de una parte de la sociedad europea.

El establecimiento del sufragio universal masculino, progresivamente ampliado con el reconocimiento del derecho de voto a las mujeres, transformó radicalmente el sistema político, el viejo sistema liberal decimonónico, basado en la *política de los notables*, fue incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos y de articular políticamente a unas masas que habían irrumpido al primer plano del escenario social, los nuevos partidos de masas en su doble vertiente obrera y nacional-populista ocuparon el centro de la escena política, base de la crisis del viejo orden liberal. En ese contexto conflictivo las transformaciones económicas, sociales, culturales y políticas alumbraron cambios sustantivos en un marco de inestabilidad en el que la polarización política tendió a ocultar las dimensiones y trascendencia de la nueva sociedad de masas que estaba emergiendo.

La presión obrera empujó al alza los salarios y a la baja los horarios. La paulatina institucionalización de la jornada de ocho horas fue una conquista de este periodo. La disponibilidad de un tiempo libre acompañado de un incremento de los ingresos permitió superar a sectores cada vez más amplios de las sociedades urbanas los umbrales de subsistencia, e hizo que el tiempo de ocio fuese progresivamente ocupado por el universo del consumo.

La llegada de la electricidad a las calles y a los hogares de las ciudades liberó a la sociedad urbana del *mundo de las tinieblas*. Los cambios tecnológicos, económicos y sociales comenzaron a transformar radicalmente la

vida de los habitantes de las ciudades. Las calles comenzaron a llenarse de automóviles, comercios y centros de esparcimiento y ocio, como los cafés, los teatros, los cines o los pabellones deportivos. Se multiplicó la movilidad por los nuevos medios de transporte público, tranvías y metro, se iluminaron las principales avenidas, calles y viviendas con la extensión de las redes eléctricas, mientras los nuevos aparatos hacían más llevadera la vida en los hogares. Agua corriente, calefacción, bombillas, teléfonos, radios, máquinas de coser y todo un sin fin de nuevos productos comenzaron a llenar las residencias de los sectores urbanos acomodados.

El sector servicios, tanto público como privado, registró una gran expansión a lo largo del primer tercio del siglo XX. La aparición de nuevas actividades y empleos hizo crecer el número de empleados en los núcleos urbanos, otro tanto sucedió con la aparición de los nuevos comercios que poblaron con sus escaparates los centros de las ciudades y con los primeros grandes almacenes⁵⁰. En Barcelona se inauguraron los grandes almacenes *El Siglo*, 1878, *Can Damians*, 1915, o los *Almacenes Jorba*, abiertos en 1932, mientras el *Madrid-París* se inauguraba en 1923 en la Gran Vía madrileña⁵¹. La vida de las ciudades se estaba transformando a gran velocidad, una nueva sociedad urbana más dinámica y pujante hacía acto

⁵⁰ Elaine S. Abelson: *When Ladies Go a-Thieving Middle-Class Shoplifters in the Victorian Department Store*, Oxford University Press, Oxford and New York, 1989. Geoffrey Crossick and Serge Jaumain: *Cathedrals of Consumption. The European Department Store 1850-1939*, Aldershot, Ashgate, 1999. Tim Dale: *Harrod's: The Store and the Legend*, London, Pan Books, 1981. S. Dumuis (ed.): *Le Printemps, cent ans de jeunesse*, Paris, 1965. Robert Hendrickson: *The Grand Emporiums: The Illustrated History of America's Great Department Stores*, Stein and Dag, New York, 1979. Franz Hessel: *Promenades dans Berlin*, PUG, Grenoble, 1989. Ralph Hower: *History of Macy's of New York 1858-1919: Chapters in the Evolution of the Department Store*, Harvard University Press, Cambridge, 1964. Bill Lancaster: *The Department Store: A Social History*, Leicester University Press, London, 1995. Michael B. Miller: *Au Bon Marché 1869-1920 Le Consommateur Apprivoisé*, Armand Colin, Paris, 1987 (Edición original en inglés, *The Bon Marché, Bourgeois Culture and the Department Store, 1869-1920*, Princeton University Press, 1981). Joy L. Santink: *Timothy Eaton and the Rise of His Department Store*, University of Toronto Press, Toronto, 1990. Erika D. Rappaport: *Shopping for Pleasure. Women in the Making of London's West End*, Princeton University Press, Princeton, 2000. Lionel Richard (dir.): *Berlin 1919-1933. Gigantisme, crise sociales et avant-garde: l'incardination extrême de la modernité*, Autrement, Paris, 1991. Charles d'Ydewalle: *Au Bon Marché: de la boutique au grand magasin*, Plon, Paris, 1965.

⁵¹ Patricia Faciabén Lacorte: «Los grandes almacenes en Barcelona», en *Scripta Nova*, vol. VII, 140, mayo de 2003. Gloria Nielfa Cristóbal: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX: tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.

de presencia, cambiando pautas culturales, estilos de vida y costumbres. En los años veinte la irrupción de la Modernidad de la mano de la electricidad, el teléfono, el automóvil, el cinematógrafo, la prensa, la radio, el deporte, la moda y la publicidad era un hecho incontestable en las principales avenidas de la España urbana de la época.

Los medios de comunicación de masas, la prensa, en primer lugar, la radiodifusión, posteriormente, la publicidad y los nuevos sistemas de comercialización y venta, unido al abaratamiento de los precios de los productos, por la mejora de los sistemas de comunicaciones y la progresiva entrada de la producción en masa, facilitaron la irrupción de los nuevos productos y los cambios en los modos de vida, usos y costumbres de los habitantes de las ciudades, a ello coadyuvó el cine y la publicidad con su poder de fascinación y socialización de los nuevos estilos de vida y sistemas de valores⁵². El excursionismo, las vacaciones, el ocio nocturno y el deporte como práctica y espectáculo de masas se fueron extendiendo a sectores cada vez más amplios de la sociedad urbana⁵³. El ritmo de vida de las ciudades se aceleró, las grandes avenidas se llenaron de paseantes, curiosos y consumidores atraídos por las luces de neón de los nuevos comercios y espectáculos, ávidos de las novedades que les ofrecía el gran escaparate en el que se habían convertido los centros de las grandes ciuda-

⁵² María Isabel Martín Requero: «Consumo y publicidad en la España del primer tercio de siglo», en *Publifilia, Revista de Culturas Publicitarias*, 6, Junio de 2002. Jesús Bermejo Berros (coord.): *Publicidad y cambio social. Contribuciones históricas y perspectivas de futuro*, Comunicación Social, Sevilla, 2005. Nuria Rodríguez Martín: «Ocio, consumo y publicidad. España: 1898-1920», en Gaudalupe Gómez-Ferrer y Raquel Sánchez (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional, 1898-1914*, UCM, Madrid, 2007. Rudi Laermans.: «Aprendiendo a consumir: los primeros grandes almacenes y la formación de la moderna cultura del consumo (1860-1914)», *Revista de Occidente*, 162, Noviembre de 1994, pp. 121-144.

⁵³ Santiago de Pablo: *Trabajo, diversión y vida cotidiana. El País Vasco en los años treinta*, Papeles de Zabalanda, Bilbao, 1995. José María López Ruiz: *Aquel Madrid del cuplé*, El Avapiés, Madrid, 1988. Serge Salauim: *El Cuplé (1900-1936)*, Espasa Calpe, Madrid, 1990. Lorenzo Díaz: *La España alegre. Ocio y diversión en el siglo xx*, Espasa Calpe, Madrid, 1999; Jorge Uría: *Una historia social del ocio. Asturias 1898-1914*, Unión, Madrid, 1996. Alain Corbin: *L'avènement des loisirs, 1850-1960*, Flammarion, Paris, 1995. Peter Bailey: *Leisure and Class in Victorian England*, Routledge and Kegan Paul, London, 1978. John N. Clarke, y Charles Critcher: *The Devil makes Work: Leisure in Capitalism Britain*, London, 1985. John K. Walton y James Walwin (eds.): *Leisure in Britain, 1780-1939*, Manchester University Press, Manchester, 1983. Philippe Aries y Georges Duby (dirs.): *Historia de la vida privada*, Taurus, Madrid, 1989. Michael Robert Marrus: *The Emergence of Leisure*, New York, 1976.

des. Las grandes avenidas comerciales se poblaron de los fascinantes cartelones de los estrenos cinematográficos y las masas irrumpieron en tropel en las oscuras salas para contemplar las nuevas estrellas del firmamento del celuloide.

En la sociedad urbana las esferas privadas y públicas fueron afirmándose conforme se alejaban de los parámetros de funcionamiento de la sociedad tradicional, tanto en su vertiente urbana —mundo de los oficios— como rural, con importantes repercusiones en el mundo laboral y el hogar. La progresiva separación del lugar de residencia y de trabajo incidió en la separación de los universos público y privado; a la vez que proliferaban multitud de discursos sobre el papel de la mujer como *ángel del hogar* de la familia nuclear. La realidad social de las familias en la sociedad urbana, sobre todo en las grandes ciudades como Madrid y Barcelona, fue más compleja que la visión idealizada de la mujer como esposa, ama de casa y madre. El trabajo femenino continuó siendo una realidad bastante generalizada entre las clases menos pudientes de las ciudades españolas del siglo XIX, tanto en aquellas de menor dimensión, en las que la presencia de la economía agraria no era despreciable, donde las economías domésticas implicaban al conjunto familiar en la estrategia de supervivencia, como en las de mayores dimensiones donde predominaba la economía urbana, en las que el trabajo a domicilio, el servicio doméstico, el trabajo manufacturero y fabril de las mujeres era significativo, a pesar de su infravaloración en las estadísticas y registros oficiales. Por otra parte, la creciente complejidad de las actividades del Estado y la sociedad del primer tercio del siglo XX expandieron los mercados laborales a nuevos segmentos de mujeres, con la aparición o expansión de nuevos trabajos como secretarías, mecanógrafas, taquígrafas, maestras, telefonistas,... que ocuparon las nuevas generaciones de mujeres urbanas, cuyos estilos de vida y ansias de autonomía e independencia chocaban con los roles tradicionales asignados a la mujer burguesa como *ángel del hogar*⁵⁴.

⁵⁴ Guadalupe Gómez-Ferrer Morant (ed.): *Las relaciones de género*. Ayer, n.º 17, Madrid, 1995. Guadalupe Gómez-Ferrer Morant: «Las limitaciones del liberalismo en España: El *ángel del hogar*» en Antonio Miguel Bernal (eds.): *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*. Tomo III. *Política y Cultura*. Alianza, Madrid, 1995, pp. 515-532. Pilar Muñoz López: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*. Marcial Pons, Madrid, 2001. Matilde Cuevas de la Cruz y Luis Enrique Otero Carvajal: «Prostitución y legislación en el siglo XIX. Aproximación a la consideración social de la prostituta», en María Carmen García-Nieto París (coord.): *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1986, vol. I., 247-258. Enriqueta Camps:

La publicidad fue, junto con el deporte, un buen indicador de los cambios sucedidos en la España urbana del primer tercio del siglo xx. De su reducida presencia en la prensa de principios de siglo, con una presentación tosca de una escasa gama de productos fundamentalmente vinculados a la farmacopea y las bebidas espirituosas, se pasó en menos de veinte años a una relevante presencia en la prensa de información, sus páginas se llenaron de anuncios de nuevos productos, mejoraron sus técnicas de venta y se depuraron los mensajes publicitarios, el universo del consumo tomó carta de naturaleza en periódicos y revistas. A través de la publicidad surgieron y se expandieron nuevos estilos de vida, nuevos sistemas de valores y se acuñaron nuevos modelos de comportamiento, desde la generalización de la higiene personal, ligada a la venta y promoción de toda una nueva y variada gama de productos —de las colonias y perfumes a la pasta de dientes—, hasta el establecimiento de nuevos cánones de belleza masculina y femenina. En esos años quedaron codificados en la publicidad de la época buena parte de los cánones y modelos de belleza y comportamientos asociados con la Modernidad que desde entonces han permanecido vigentes en la sociedad de consumo de masas del siglo xx⁵⁵.

La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo xix, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995. Guadalupe Gómez-Ferrer. y Gloria Nielfa (eds.): *Mujeres, hombres, historia (dossier)*, n.º monográfico de *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 28, 2006. María Dolores Ramos Palomo y María Teresa Vera Balanza (eds.): *El trabajo de las mujeres: pasado y presente: I Congreso Internacional, celebrado en Málaga del 1 al 4 de diciembre de 1992*, Diputación Provincial de Málaga, Málaga, 1996, 4 vols. Carmen Sarasúa: *Criados, nodrizas y amos: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, siglo xxi, Madrid, 1994. Cristina Borderías, Cristina Carrasco y María Carme Alemany (comps.): *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, Icaria, Barcelona 1994. Pilar Pérez Fuentes: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*, UPV-EHU, Bilbao, 1993. Pilar Pérez-Fuentes: «Ganadores de Pan» y «Amas de Casa». *Otra mirada sobre la industrialización vasca*, UPV-EHU, Bilbao, 2004. Carmen Sarasúa y Lina Gálvez (eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Publicaciones Universidad de Alicante, Alicante, 2003. Mercedes Arbaiza Villalonga: «La «cuestión social» como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)», *Historia Contemporánea*, 21, 2000, pp. 395-458. Mercedes Arbaiza Villalonga: *Familia, trabajo y reproducción social: una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a finales del antiguo régimen*, UPV-EHU, Bilbao, 1996.

⁵⁵ Nuria Rodríguez Martín: «Jóvenes, modernas y deportistas: la construcción de nuevos roles sociales en la España del primer tercio del siglo xx a través de la publicidad», Encarna Nicolás y Carmen González Martínez (eds.): *Ayeres en discusión. Temas claves de Historia Contemporánea hoy*, Editum, Murcia, 2008.

El crecimiento económico del primer tercio del siglo XX, los avances de las organizaciones obreras y su creciente implantación en los principales centros urbanos del país, la difusión del espíritu institucionista entre sectores destacados de las clases medias urbanas ilustradas, la prensa y determinados círculos reformistas de la clase política de la Restauración favorecieron un rápido avance de la modernización económica y social del país en mayor medida que de su sistema político, atravesado por las dificultades asociadas a la crisis del sistema de partidos canovista y del difícil encaje de la expresión política de la naciente democracia de masas. En este complejo entramado, la práctica y la afición por el deporte fue difundiendo a través de la escala social española, desde las restringidas elites de principios de siglo a las clases medias urbanas y, posteriormente, al mundo del trabajo, de la mano de la implantación de la jornada laboral de ocho horas y la elevación de los ingresos de los trabajadores.

El tiempo libre disponible amplió su abanico social y la paulatina superación de los umbrales de subsistencia de amplios sectores de las sociedades urbanas favorecieron la aparición de nuevas prácticas sociales y focos de interés para la ocupación de un tiempo de ocio recién conquistado⁵⁶. El deporte fue una de las expresiones más significativas de esta transformación, desde comienzos de siglo y en sólo unos lustros el proceso de socialización del mismo avanzó de manera sostenida e imparable.

De esta forma el deporte en su doble dimensión de práctica y de espectáculo de masas se expandió como una mancha de aceite en la sociedad urbana española de la época. El fútbol fue el ejemplo más significativo de esta transformación. Su expansión se inició en las principales ciudades protagonistas del crecimiento económico del primer tercio del siglo XX. Clubs como el Atlético de Bilbao, la Real Sociedad de San Sebastián, el Arenas de Getxo o el Irún fueron pioneros en la difusión del balompié y la cantera vasca de jugadores fue la más potente del primer tercio del siglo XX, le siguió Cataluña con el Barcelona F.C. y el Español, donde surgieron figuras míticas como el portero Zamora y Samitier, en di-

⁵⁶ Jorge Uría: *Una historia social del ocio. Asturias, 1898-1914*, Unión, Madrid, 1996. Pilar Folguera: *Vida cotidiana en Madrid. El primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*, Comunidad de Madrid, Madrid, 1987. Antonio Albuera Guirnaldos: *Vida cotidiana en Málaga a fines del siglo XIX*, Ágora, Málaga, 1998. Norman J. Pounds: *La vida cotidiana. Historia de la cultura material*, Crítica, Barcelona, 1999.

cha senda le siguió Madrid, con el Madrid F. C., la Gimnástica y el Atlético de Madrid⁵⁷. Pronto se incorporaron a la pasión futbolística otras ciudades y regiones de España, como Valencia y Andalucía.

Cambio e identidades sociales en la España urbana del primer tercio del siglo xx

El ritmo de los cambios fue desigual entre las grandes ciudades y las poblaciones de dimensiones más reducidas, pero aún en estas últimas esta transformación también estaba alterando el tranquilo transcurrir de la vida urbana de España durante el primer tercio del siglo xx. Un proceso que se aceleró en los años veinte y en la II República. Transformación que alcanzó al conjunto de la trama urbana española, incluidas las pequeñas ciudades que en la II República cobraron un dinamismo hasta entonces tímidamente apuntado.

Con la irrupción en las corporaciones locales de los partidos republicanos y socialista, con la presencia de los sindicatos obreros en el mundo del trabajo, tanto rural como urbano, las coordenadas del sistema político se transformaron profundamente en el ámbito urbano, consolidando un proceso que había arrancado con los inicios del nuevo siglo, donde las viejas prácticas del caciquismo comenzaron a ser crecientemente inoperantes. Un cambio que también afectó a los viejos partidos del turno, que entraron en una grave crisis durante la etapa final de la Restauración. Los avances en el proceso de socialización de la política y la utilización de los nuevos medios de comunicación de masas, con la creación de nuevas cabeceras de prensa asociadas a las distintas familias políticas en las que se disgregaron los partidos del turno, unido a la pervivencia, pero también reorganización, de las viejas prácticas caciquiles y de patronazgo, permitieron extender la influencia de las viejas redes de poder social y político durante el primer tercio del siglo xx, bien es cierto que con crecientes dificultades ante las nuevas formas de acción política características de la sociedad de masas y el empuje de las nuevas organizaciones sociales y políticas a ellas asociada, tanto en su versiones reformistas, obreras y conservadoras.

⁵⁷ Ángel Bahamonde Magro: *El Real Madrid en la Historia de España*, Taurus, Madrid, 2002.

No sólo cambiaron las coordenadas del sistema político, también el lento transcurrir de la vida urbana de las ciudades medias se aceleró, trastocando las viejas jerarquías sociales, con la aparición de nuevos sujetos, conforme las clases laboriosas se fueron transformando en clases trabajadoras, con la irrupción de las organizaciones obreras y patronales. También la economía urbana se dinamizó, con nuevas oportunidades de negocio, de la mano de la intensificación de los intercambios, la ampliación de los mercados o los nuevos sectores y funciones de una sociedad cada vez más compleja, en la que las obras públicas desempeñaron un papel de primer orden, con la creación de nuevas infraestructuras: urbanización de las calles, expansión de las redes de alcantarillado y agua, alumbrado público —primero por petróleo y gas, más tarde por energía eléctrica— y la progresiva extensión de las redes telefónicas y eléctrica a un número creciente de hogares. A pesar de todo, las ciudades de dimensiones medias eran, mayoritariamente, más industriosas que industriales, y los cambios económicos y sociales evidentes en las calles y plazas convivían con las viejas realidades de una economía y una sociedad tradicional que se resistía a desaparecer. Todavía el peso del mundo rural y de la vieja ciudad de los oficios y del comercio tradicional marcaba la impronta de sus perfiles urbanos y de las representaciones y percepciones sociales de amplios segmentos de la sociedad del primer tercio del siglo xx. El tañer de las campanas convivía, eso sí cada vez más conflictivamente, con la sirena de las manufacturas. Los carros y carruajes comenzaban a ser avasallados por los automóviles y camiones. Las cofradías y procesiones compartían cada vez más el espacio urbano con las casas del pueblo y las manifestaciones. Se celebraba el Corpus pero también el 1.º de mayo⁵⁸.

⁵⁸ Joan Anton Carbonell: *Molins de Rei: vida social i política (1868-1936)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991. Lourenzo Fernández Prieto, Xosé Manuel Núñez Seixas, María Aurora Artiaga y Jesús Leopoldo Balboa (coords.): *Poder local, elites e cambio social na Galicia non urbana (1874-1936)*, Universidade de Santiago, Santiago de Compostela, 1997. Carmen Frías Corredor y Miriam Trisán Casals: *El caciquismo altoaragonés durante la Restauración*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1987. Conchita Mir: *Lleida (1890-1936): caciquismo polític i lluita electoral*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1985. María Teresa Pérez Picazo: *Oligarquía urbana y campesinado en Murcia (1875-1902)*, Institución Alfonso X el Sabio, Murcia, 1979. Antonio Rivera Blanco: *La ciudad levítica, continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1992. Pedro Rújula López: *Entre el orden de los propietarios y los sueños de rebeldía. El Bajo Aragón y el Maestrazgo en el siglo xx*, GEMA, Zaragoza, 1997. Francisco Javier Salmerón Giménez: *El caciquismo en la zona norte de Murcia (1891-1910): bases sociales del poder local en los distritos elec-*

En consecuencia, las respuestas sociales estuvieron cargadas de ambivalencia en todos los segmentos de la sociedad. Tradición y modernidad se conjugaron en una ecuación desequilibrada y desequilibradora, en función de las distintas percepciones y actitudes ante un mundo en rápida transformación económica, social, política y cultural, que se distribuyeron heterogéneamente entre los distintos grupos y clases sociales, dando lugar a respuestas complejas en las que podían estar simultáneamente presentes, y en combinaciones diversas, tradición y modernidad, temor y esperanza, según la experiencia individual y social de las personas y su inserción socioespacial. Se conjugaron sentimientos y lealtades contradictorios de variada procedencia —social, cultural, espacial— de pertenencia e identidad.⁵⁹

Las tradiciones políticas, su permanencia o irrupción, deben ser contempladas tanto en sus dimensiones temporales como espaciales. La persistencia de las tradiciones republicanas se mantuvo en ciudades de dimensiones medias o en determinados barrios de las ciudades, normalmente los pertenecientes a los viejos centros históricos donde prendieron con fuerza desde el Sexenio democrático, frente a otros de más reciente construcción, en los que la presencia de población recién llegada era más notable, en los que el socialismo o el anarquismo prendieron más rápidamente. La progresiva implantación y la desigual distribución de la presencia socialista, anarquista o del catolicismo social en los núcleos urbanos tiene que ser contemplada además de por las tradiciones laborales y sociales precedentes, por la tradición y cualificación del oficio, por el momento de llegada de los primeros militantes obreros, pero también por el espacio urbano donde encontraron un ecosistema propicio para prender y expandirse, puesto que en el proceso de arraigo y expansión de las nuevas

tales de Cieza, Yecla y Mula, Universidad de Murcia, Murcia, 1999, ed. en CD-Rom. Rafael Zurtia Aldeguer: *Notables, políticos y clientes. La política conservadora en Alicante, 1875-1898*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 1996. Javier Ugarte Tellería: *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998. Joaquín Romero Maura: *La rosa de fuego: el obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Alianza, Madrid, 1989. José Luis Oyón (coord.): *Vida obrera en la Barcelona de entreguerras, 1918-1936*, Angle, Manresa, 1998. José Luis Oyón y Juan José Gallardo Romero.: *El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Carena, Barcelona, 2005. Francisco Sánchez Pérez: *La protesta de un pueblo: acción colectiva y organización obrera, Madrid, 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2006.

⁵⁹ Luis Enrique Otero Carvajal: «La reducción de escala y la narratividad histórica», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º extraordinario, 2007, pp. 245-264.

organizaciones obreras se observan diferencias espaciales que deben ser explicadas, para la cabal comprensión de las nuevas dinámicas sociales y políticas asociadas al nacimiento de la sociedad de masas⁶⁰. Los procesos de socialización de la política no pueden quedar disociados de los ecosistemas sociales en los que éstos tuvieron lugar, a la hora de explicar la persistencia de determinadas tradiciones políticas como el republicanismo o la irrupción de las nuevas ideologías del fin de siglo, pero también de las resistencias y ritmos desiguales en su implantación.

Asimismo, en la construcción de las identidades y en las respuestas personales y sociales las clasificaciones dicotómicas conducen a reduccionismos, que con su simplificación ocultan más que ilustran la compleja realidad social. Una persona podía estar simultáneamente afiliada al partido socialista y a una cofradía religiosa, ser pendenciero en el barrio y sumiso en el trabajo, moderno en lo público y tradicional en lo privado, radical en lo político y conservador en lo social, manifestando una u otra dimensión de su personalidad individual o social en función de la coyuntura o del espacio de socialización en el que se encontrara. En una persona o grupo social podían convivir simultáneamente distintas sociabilidades en función del ecosistema social en el que se desarrollara: trabajo, barrio u hogar. La sociabilidad de los obreros no era la misma en el trabajo, en la taberna o en el hogar, como bien sabían los primeros socialistas; ni la del burgués en el despacho, en el casino, en el burdel, en la iglesia o en la casa; ni la de las mujeres en la orilla del río cuando se reunían para lavar, en la iglesia, en el patio de vecindad o en el hogar; ni la de la señora en el salón, en el paseo, en la compra o en la casa. En tiempos de estabilidad social las distintas facetas conformadoras de la personalidad individual y social podían convivir en aparente armonía; sin embargo, en coyunturas de crisis una u otra dimensión podía cobrar un protagonismo desmesurado, en función de la percepción del riesgo y el peligro o de la esperanza y la ilusión. Quien podía ser exaltado en una coyuntura podía ser conservador en otra.

Por otra parte, la tendencia hacia la uniformidad, característica de la Modernidad, a través de sus valores universalistas, basados en la razón

⁶⁰ José Luis Oyón Bañales: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Serbal, Barcelona, 2008. Rubén Pallol Trigueros: *El moderno Madrid: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis Doctoral, UCM, Madrid, 2009.

ilustrada, y la revolución de las comunicaciones, con su dilatación del espacio y aceleración del tiempo, convivía, en una ecuación variable, con la tendencia hacia la particularidad, en la que la tradición y las dimensiones espaciotemporales locales gozaban de un importante peso. Ambos sistemas de referencia se conjugaban en diferentes escalas de intensidad en función de las distintas dimensiones de los espacios urbanos, configurando diferentes ritmos de evolución histórica, según los distintos barrios de las grandes urbes del primer tercio del siglo XX, los ecosistemas económicos y sociales donde se integraran los núcleos urbanos —industriales o agrarios—, la naturaleza y funcionalidad de los perfiles dominantes de las ciudades o sus distintos barrios, o sus dimensiones espaciales.

En las grandes urbes los avances de la uniformidad resultaban más notables que en las ciudades de menor tamaño y carácter más tradicional, tanto en las percepciones y representaciones espaciotemporales y sociales de sus habitantes como en los estilos de vida y costumbres, en los procesos de socialización y sociabilidad. Los ritmos fueron distintos y sus resultados desiguales, pero en el conjunto de la trama urbana española del primer tercio del siglo XX, los avances de la Modernidad fueron por delante en la transformación de los modos y estilos de vida de los ciudadanos frente al anquilosado sistema político de la Restauración. La realidad social, económica y cultural de la España urbana se estaba transformando más rápidamente de lo que sus propios protagonistas podían intuir y el sistema político de la Restauración estaba dispuesto a aceptar. Si el sistema político de la Restauración daba claras muestras de incapacidad de adaptarse a las transformaciones de la sociedad de masas, no sucedía lo mismo respecto de los cambios que se estaban produciendo en las calles de las principales ciudades del país, con Madrid y Barcelona como las dos abanderadas de una Modernidad cada vez más cosmopolita.